

Thomas Sankara

BRUNO JAFFRÉ (COMP.)





Thomas SANKARA


ELPERRO
yLARANA

1.ª edición Fundación Editorial El perro y la rana, 2023

1.ª edición Ediciones Wanáfrica, 2017

© Bruno Jaffré

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2023

Fundación Editorial El perro y la rana

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,

Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana

Twitter: @elperroylarana

Edición y corrección

Gema Medina

Diagramación

Arturo Mariño

Diseño de portada

Bairon Torres

Hecho el Depósito de Ley:

ISBN: 978-980-14-5441-0

DC2023001683

Thomas SANKARA

Compilación de textos
e introducción de Bruno Jaffré

Traducción de Darisbel Correa Padrón

ÍNDICE

BREVE BIOGRAFÍA	9
INTRODUCCIÓN	
Thomas Sankara, precursor de las luchas de hoy	13
TEXTOS DE THOMAS SANKARA	
En nombre del pueblo de los desheredados	25
Un frente unido contra la deuda	37
La liberación de la mujer, una exigencia de futuro	41
La lucha de clases y la cuestión de la mujer	41
Los tribunales populares de la revolución	53
Salvar los árboles y el medio ambiente	59
El ejército al servicio del pueblo	63
Necesitamos un pueblo de convencidos y no de vencidos	65
Desarrollo <i>prêt-à-porter</i> , ¡no!; Desarrollo a medida, ¡sí!	69
Preferimos un paso con el pueblo a diez pasos sin el pueblo	77
LA CAMPAÑA “JUSTICIA PARA SANKARA JUSTICIA PARA ÁFRICA”	81

BREVE BIOGRAFÍA

Thomas Sankara nació el 21 de diciembre de 1949 en Yako, Alto Volta. Hijo de un enfermero militar, excombatiente, inicia el bachillerato en la Escuela Militar de Kadiogo, que forma a los primeros oficiales del ejército del Alto Volta.

En octubre de 1969 se incorpora a la Academia Militar de Madagascar. Asiste al levantamiento popular de 1972, apoyado por el ejército, que, algo más tarde, elevaría al poder al almirante Didier Ratsiraka. Durante su estancia en las zonas rurales, en las unidades de servicio cívico, Thomas Sankara descubre que el ejército puede ser un instrumento de desarrollo.

En 1973 regresa al Alto Volta y es asignado a diferentes destinos por todo el país. Durante la guerra de Mali, en 1974, desempeña un papel destacado. Indignado por la decadencia del ejército, se esfuerza por mejorar las condiciones de vida de los soldados al tiempo que fortalece las relaciones con la población. Crea igualmente una unidad de comandos paracaidistas de élite en Po, cerca de la frontera con Ghana.

Al mismo tiempo, desarrolla una actividad clandestina en el seno del ejército, ampliando sus contactos con organizaciones marxistas que operan asimismo en la clandestinidad.

A principios de los años ochenta se suceden diversos golpes de Estado militares. Apreciado por su carisma, es nombrado, contra su voluntad, secretario de Estado de Comunicación. Dimitirá unos

meses después al tiempo que proclama por la radio “que caigan todos los males sobre quienes amordazan a nuestro pueblo”.

En enero de 1983, gracias a la acción de los oficiales progresistas, Thomas Sankara se convierte en primer ministro. Durante los importantes mítines que se suceden pronunciará discursos revolucionarios, instando en particular a la juventud a movilizarse contra el imperialismo. El 17 de mayo de 1983 es arrestado, lo que lleva a la población de Uagadugú a manifestarse para reclamar su liberación.

Blaise Compaoré, quien lo había sustituido como jefe de comandos, consigue recuperar Po y se declara en rebelión. Numerosos civiles le secundan. Los oficiales progresistas, asociados a las organizaciones clandestinas, retoman con éxito el poder el 4 de agosto de 1983.

Da comienzo la revolución. Thomas Sankara tendrá que convencer a la población de su integridad y de su compromiso en la construcción del país. Durmiendo poco y siempre al acecho de nuevos proyectos, Sankara impulsa una dinámica de trabajo y de cambios espectacularmente rápida. Los resultados no se hacen esperar.

En 1987 comprende la necesidad de hacer una pausa y agrupar a los revolucionarios —muchos de los cuales habían pasado a integrar la oposición— para dar un nuevo aliento a la revolución.

Sin embargo, aquellos que, más que cualquier otra cosa, buscan aprovecharse de su posición en el poder para acumular beneficios personales se congregan en torno a la figura de Blaise Compaoré, casado recientemente con Chantal Terrasson de Fougères, próxima a Félix Houphouët-Boigny, presidente de Costa de Marfil y hostil a la revolución. Un complot internacional para eliminar a Thomas Sankara se organiza entonces, apoyado, según ponen de relieve algunos testimonios, por Costa de Marfil, Libia, Francia, la CIA y los compañeros de Charles Taylor, el futuro caudillo de Liberia.

Thomas Sankara es asesinado el 15 de octubre de 1987, en circunstancias aún sin aclarar, por las balas de los soldados de la guardia presidencial, comandados por Gilbert Diendéré, cercano a Blaise Compaoré.

INTRODUCCIÓN

THOMAS SANKARA,
PRECURSOR DE LAS LUCHAS DE HOY

De Islandia a la América Latina de Chávez y Maduro en Venezuela, Evo Morales en Bolivia y José Mujica en Uruguay, pasando por los países árabes, las revoluciones están a la orden del día. Adoptan formas diferentes, contenidos diferentes; evolucionan hacia victorias o fracasos, sin que al final se consiga gran cosa. En otros países, en distintos continentes, los pueblos comienzan a movilizarse, se organizan, resisten y luchan codo con codo. Lo que proponemos aquí es hacer un poco de retrospectiva de la actualidad y concentrarnos en las palabras de Thomas Sankara, líder de la revolución africana que marcó el fin del siglo xx, la Revolución Democrática y Popular. Porque se trata de los mismos enemigos a los que hoy se enfrenta el pueblo de Burkina Faso: las multinacionales, el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial y sus cómplices locales.

La revolución de Burkina Faso es en realidad poco conocida al margen de la personalidad de Thomas Sankara, tan apreciado en el continente africano. Se venden camisetas con su imagen, los artistas de cualquier disciplina se inspiran en él, la juventud lo reclama cada vez más. Internet, por supuesto, ha contribuido a este fenómeno, confinándolo siempre a una imaginiería banal. Sería interesante transformar esta popularidad, que tampoco criticamos, en una apropiación progresiva y más profunda de su pensamiento y de las lecciones que inspiran sus acciones, sus derrotas y sus éxitos.

Porque, en realidad, Thomas Sankara era un precursor de las luchas de hoy, centradas en dos pilares fundamentales, podríamos incluso decir vitales, de nuestra época: la conservación del medio ambiente y la lucha contra la deuda ilegítima que se pretende endosar a los pueblos.

Así, el Consejo Nacional de la Revolución (CNR) promueve desde abril de 1985 tres luchas: la lucha contra la tala excesiva de árboles, unida a campañas de concienciación para potenciar el uso del gas en las casas, la lucha contra la quema de arbustos y la lucha contra la circulación incontrolada de animales. Los Comités de Defensa de la Revolución (CDR) se encargan de traducir estos principios en hechos, no sin tomar a veces ciertas medidas coercitivas.

Asimismo, por todo el país los campesinos comenzaron a construir embalses, en muchas ocasiones sin protección alguna, mientras los gobiernos relanzaban proyectos de presas que hasta ese momento habían estado dormidos en cajones. Sankara interpelaba a todos los diplomáticos y hombres de Estado presentándoles, incansable, sus proyectos, apuntando que la ayuda de Francia era insuficiente al tiempo que las empresas francesas eran las principales beneficiadas en el mercado de la realización de grandes obras. Entre otros paquetes de medidas, destacaban las campañas de divulgación para la mejora de los hogares, mediante el ahorro en el consumo de madera, o las campañas de reforestación en las aldeas, que debían asumir el cuidado de un bosquecillo. Cada evento social o político, además, debía ir acompañado de plantaciones de árboles¹.

1 Muchas de estas medidas parecen desprenderse del informe “La République Populaire et Démocratique de Haute-Volta n’est pas ‘en voie de développement’ mais ‘en voie de destruction’ [‘La República Popular y Democrática del Alto Volta’ no está ‘en vías de desarrollo’ sino en ‘vías de destrucción’]”, de René Dumont y Charlotte Paquet, presentado en el marco del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), entre enero y abril de 1984. René Dumont es un precursor de la ecología

La globalización, el sistema financiero internacional, la omnipresencia e imposiciones del FMI y el Banco Mundial y el problema de la deuda en los países del Tercer Mundo también están hoy en el epicentro de los problemas internacionales y las movilizaciones ciudadanas, incluyendo actualmente a los países europeos.

En calidad de precursor, Sankara desarrolla, como veremos en un discurso sobre la deuda reproducido en páginas posteriores (“Un frente unido contra la deuda”), un análisis ampliamente difundido hoy. En él insta a sus homólogos a no reembolsar las cantidades demandadas, recordando, de paso, la deuda —esta de sangre— que conllevó el envío de decenas de miles de africanos a combatir al ejército nazi durante la Segunda Guerra Mundial. A raíz de esto, Burkina Faso entablaría un debate con el FMI, pero este rechazó finalmente la consolidación de un acuerdo. De hecho, el FMI rehusó financiar la construcción de conexiones ferroviarias hacia el norte. De manera que el país, con la ayuda de Cuba y con los escasos medios de que disponía, se lanzó en solitario a una “batalla por el ferrocarril”, donde, por turnos, se alentó a la población a ir colocando las vías férreas.

Thomas Sankara recordaba a quien quisiera escucharlo que los primeros objetivos eran proveer a la población de agua potable, de una alimentación saludable, de sanidad, de educación, de tiempo libre, de viviendas decentes, etc. Eran objetivos pragmáticos en una época, en torno a 1987, en que la dirección de la revolución se desgastaba en querellas ideológicas. Más tarde, cuando se halló el discurso que debía pronunciar Thomas Sankara el día de su asesinato, se puso de manifiesto que aquellos ideólogos dogmáticos trataban esencialmente de beneficiarse de sus posiciones en las más altas esferas del Estado para enriquecerse.

política y era *persona non grata* en el África tropical francófona por sus libros críticos sobre el desarrollo de África.

A comienzos de los años ochenta, el Alto Volta, excolonia francesa, atraviesa una aguda crisis relacionada con las finanzas públicas, agravada por una crisis política. Distintos regímenes se han sucedido desde la proclamación de independencia sin cuestionar el sistema neocolonial. Una aplastante mayoría de la población, tanto en la ciudad como en el campo, sobrevive en la pobreza. La tarea es inmensa, pues el Alto Volta figura entre los países más pobres del mundo.

Pero ¿en qué fuerzas apoyarse? Por su carisma personal y su clarividencia política, Thomas Sankara reagrupa a una nueva generación de jóvenes oficiales que aspiran a un cambio radical, al tiempo que refuerza las relaciones con los círculos de jóvenes intelectuales marxistas. Estos, antiguos estudiantes, por lo general militantes de la FEANF (Federación de Estudiantes del África Negra en Francia), contribuyen a la creación de organizaciones clandestinas. Los trabajadores de las ciudades se movilizan en sindicatos, donde se curten los militantes de las citadas organizaciones, quienes asumen la dirección de algunas de ellas. En cuanto al resto del país, rural en un 90% y organizado a menudo en clanes reunidos bajo un jefe tradicional, la población era hasta entonces una mera espectadora más bien fatalista, tras haber constatado que los diferentes poderes que se sucedían no mostraban interés alguno en sus problemas.

Así, sin la participación activa de la población, nada era posible, puesto que los exiguos presupuestos del Estado limitaban enormemente las inversiones y el poder estaba decidido a no ceder a las imposiciones del FMI y el Banco Mundial.

Para Thomas Sankara, ganarse la confianza de su pueblo era una de las tareas primordiales del comienzo de la revolución, y una señal de su éxito.

Creo que lo más importante es haber conducido al pueblo a confiar en sí mismo, a comprender que, finalmente, debe sentarse y escribir sus progresos;

debe sentarse y escribir su felicidad, diciendo lo que desea. Y, al mismo tiempo, sentir cuál es el precio que debe pagar por esa felicidad².

Esta cita, extraída de un documental, revela en cierta manera la dimensión pedagógica de Thomas Sankara, una cualidad poco conocida en él, y muestra el enfoque que lo guió desde la toma del poder. Ya lo había anunciado, con otras palabras, unos días antes de acceder a este³.

En este punto, como en tantos otros, cumplía lo que decía o, en cualquier caso, intentaba cumplirlo. Desde los poderes provinciales, establecidos tras una eficaz reforma administrativa descentralizadora, se anima a la población a congregarse y a fijarse unos objetivos realistas, buscando, en primer lugar, aquello que esta pudiera realizar por sus propios medios.

Es así como, en octubre de 1984, se concibe el ambicioso Programa Popular de Desarrollo (PPD), cuya puesta en práctica se programará hasta diciembre de 1985. El objetivo perseguido es mejorar las condiciones de vida de la población y aumentar las infraestructuras del país: presas, embalses, pequeñas tiendas de alimentación, centros de salud, escuelas, carreteras, cines, complejos deportivos, etc.

Una vez puesto en marcha el PPD, el gobierno trabaja sin esperar a la concepción del primer plan quinquenal, apoyándose en los resultados obtenidos de ese primer plan experimental. Llevado a cabo en una proporción de entre un 70 y un 80%, su principal mérito, al margen de sus numerosas realizaciones, habría sido inventariar las necesidades del país y evaluar con mayor precisión los costes, así como la capacidad de autofinanciación.

2 Extraído de una entrevista incluida en el documental *Fratricide au Burkina. Thomas Sankara et la Françafrique*, de Thuy-Tiën Ho y Didier Mauro, producido por ICTV Solférino, Francia, 2007.

3 Véase el anexo de *Biographie de Thomas Sankara. La patrie ou la mort* de Bruno Jaffré, París, L'Harmattan, 2007, p. 333.

Los éxitos de la revolución se debieron, en parte, a la creatividad, al carisma, a la visión política y a las cualidades de Thomas Sankara como dirigente, pero también a esa dimensión que se podría calificar de “participativa” y que constituye en realidad las primicias de una verdadera democracia. Ello dio lugar a la consecución de múltiples objetivos, en términos de producción, de construcción de infraestructuras de todo tipo: presas, embalses, escuelas, centros de salud, etc. Más allá de las pruebas, que pronto se hicieron visibles, relativas a la voluntad del poder revolucionario de detener la corrupción, especialmente a través de los Tribunales Populares, el poder resultó convincente gracias a esa dimensión participativa y a los primeros éxitos cosechados por su compromiso de querer mejorar las condiciones de vida de la población. Se podrían citar también los ceses de funcionarios corruptos o absentistas, aunque estos también darían pie a ciertos abusos, sobre todo en el momento álgido de las luchas políticas entre las diferentes organizaciones comprometidas con la revolución o contra los opositores a esta.

Es así como el país pudo implicarse de forma decisiva en su autodesarrollo o desarrollo autocentrado. Los gastos correspondientes a la gestión y funcionamiento administrativo disminuyeron en favor de la inversión, al tiempo que se aplicaba un rigor implacable en la racionalización de los escasos recursos. La economía no debía apoyarse en las exportaciones —y menos aún enfocarse en el pago de la deuda, algo que intentaban imponer el FMI y el Banco Mundial y que los revolucionarios burkineses rechazarán—, sino en la explotación de los recursos internos. La producción agrícola aumentará considerablemente, en tanto que el gobierno lanzará tentativas de reindustrialización. Se trataba de producir el valor añadido en el propio país, de crear redes comerciales, de apoyarse en la transformación de materias primas en lugar de exportarlas en bruto, lo que implicaba que el mercado interior debía realizar estas compras de manera deliberada. De ahí el sentido del lema “produzcamos,

consumamos burkinés”. Las importaciones de frutas y legumbres se prohíben en el último periodo para obligar a los comerciantes a acudir a las aldeas burkinesas del sudoeste, difícilmente accesibles, en vez de tomar la carretera asfaltada que lleva a Costa de Marfil. Los circuitos de distribución se ponen en marcha gracias a una cadena nacional de tiendas presente en todo el territorio, pero también para hacer llegar dichos servicios a los trabajadores mediante los comités revolucionarios.

El esfuerzo popular de inversión se traduce en una reducción de salarios del 5 al 12%, una medida no obstante mitigada por la gratuidad de los alquileres decretada durante un año. Lo importante es no depender de la ayuda exterior, puesto que “es normal que quien os da de comer os dicte igualmente su voluntad”⁴.

Aun así, esta medida no dejará de crear contradicciones, ya que son los trabajadores los primeros afectados. Se anima a los funcionarios a llevar el *faso dan fani*, la vestimenta tradicional, fabricada con algodón trenzado artesanalmente. Una medida que tuvo un efecto impulsor, pues la producción de algodón aumentó y, aún más importante, muchas mujeres comenzaron a tejer en sus casas, accediendo así a la independencia económica.

Por lo que respecta a las críticas sobre las retenciones y otros impuestos, Thomas Sankara responde que es injusto que los trabajadores reciban regularmente un salario, a diferencia de los agricultores. También en este punto, en la redistribución de la riqueza, la revolución pasó velozmente de la palabra al acto. Además de los funcionarios, los comerciantes y algunos emprendedores se verán obligados a contribuir al desarrollo del país.

Más allá de las cuestiones económicas, la revolución se traducirá en una verdadera ruptura en todos los aspectos. Además de los que ya se han destacado, podemos citar: la transformación de la

4 Discurso pronunciado durante la Primera Conferencia Nacional de los CDR el 4 de abril de 1986.

administración, la lucha sin piedad contra la corrupción, la acción concreta al tiempo que simbólica para la liberación de la mujer, la asunción de responsabilidades por parte de la juventud —que servirá para liberar todas sus energías—, la marginación de la organización tribal —combatida también como responsable del retraso rural y como apoyo de los partidos políticos tradicionales—, la tentativa casi desesperada de convertir a los campesinos en una clase social que apoyase activamente la revolución, la transformación del ejército a fin de ponerlo al servicio del pueblo mediante la asignación de tareas de producción —porque “un militar sin formación política es un asesino en potencia”—, la descentralización y búsqueda de una democracia directa a través de los CDR, el control presupuestario y el control de las actuaciones de los ministros. Y la lista no es exhaustiva, puesto que la acción emprendida es múltiple y diversa.

Cuando uno pregunta a Sankara qué es la democracia, él responde:

La democracia es el pueblo en toda su potencialidad y su fuerza. La papeleta de voto y un aparato electoral no significan, por sí mismos, que exista una democracia. Aquellos que organizan elecciones de vez en cuando, y solo se preocupan por el pueblo antes de cada acto electoral, no tienen un sistema realmente democrático. Por el contrario, allá donde el pueblo pueda decir cada día lo que piensa, existe una verdadera democracia, pues es preciso merecer la confianza día tras día. No se puede concebir la democracia sin que el poder, en todas sus formas, sea devuelto a manos del pueblo; el poder económico, militar, político, el poder social y cultural⁵.

Los CDR se encargaban de ejercer el poder del pueblo. Por más que estuvieran en el origen de algunos abusos y la emprendieran contra los sindicatos, también es cierto que asumieron numerosas tareas que iban mucho más allá de la mera seguridad pública: la formación política, el saneamiento de los barrios, la gestión de los problemas de convivencia, el desarrollo de la producción y el

5 *Ibid.*

consumo de los productos locales, la participación en el control presupuestario de los ministerios, etc. Incluso rehusarían, después de debatirlos, numerosos proyectos; valga como ejemplo el de “la nueva escuela”, calificado de demasiado radical. En cuanto a sus insuficiencias, a menudo producidas por las disputas generadas entre las diferentes facciones que apoyaban la revolución, Sankara era el primero en denunciarlas.

Por último, pero no menos importante, Thomas Sankara alzó la voz en las instancias internacionales en defensa de los oprimidos, devolviendo el orgullo a su pueblo, recordando sin descanso la opresión a la que se veían expuestos los negros en Sudáfrica así como los palestinos, con la complicidad de los poderes occidentales, denunciando sin tregua el imperialismo, como lo demuestra su discurso en la ONU reproducido en parte en páginas posteriores. De hecho, haría campaña por la independencia de Nueva Caledonia, una osadía que los dirigentes franceses no le perdonaron.

Este presidente, que rompía con los esquemas de su época, se iba a convertir en una molestia para las potencias occidentales. Su ejemplo amenazaba el poder de los mandatarios de la región y más concretamente la presencia francesa en África.

Inevitablemente, ello daría pie a un complot, que el número dos del régimen, el presidente de Burkina Faso Blaise Compaoré⁶, se encargó de llevar a cabo con el apoyo de Francia, Costa de Marfil y Libia. Ya conocemos el resto: el surgimiento de una alianza a partir de las redes francoafricanas que uniría a personalidades políticas, militares y del mundo de la especulación pertenecientes a Costa de Marfil, Francia, Libia y Burkina Faso para apoyar a Charles Taylor,

6 Blaise Compaoré dejó la presidencia de Burkina Faso después de que la revuelta civil de 2014 lo destituyera por querer modificar la constitución y perpetuarse en el poder. Actualmente Compaoré, junto con su familia, vive exiliado en Yamusukro, capital de Costa de Marfil. (N. de la T.)

responsable de horrendas guerras civiles que estallarían en Liberia y luego en Sierra Leona.

Se ha intentado todo para borrar a Thomas Sankara de la memoria de su país. No ha servido de nada. Inexorablemente, Sankara siempre vuelve a través de los sonidos, las imágenes y los escritos.

Internet ha contribuido a amplificar el fenómeno. Hoy en día su influencia —por su visión de precursor, en especial en aquellas cuestiones relacionadas con el medio ambiente, el sistema financiero internacional y la deuda— alcanza hasta los militantes ecologistas y anticapitalistas de los países occidentales.

Ojalá esta modesta compilación de fragmentos de sus discursos, dolorosamente escogidos, permita otorgarle un reconocimiento a la altura de su importancia.

BRUNO JAFFRÉ⁷

7 Autor de varias obras sobre la revolución burkinesa, Bruno Jaffré es uno de los animadores del sitio web www.thomassankara.net y de la campaña “Justicia para Sankara. Justicia para África”

TEXTOS
DE
THOMAS SANKARA

EN NOMBRE DEL PUEBLO DE LOS DESHEREDADOS

Discurso pronunciado el 4 de octubre de 1984
durante la trigésima novena sesión
de la Asamblea General de las Naciones Unidas.

[...] Nadie se sorprenderá de vernos asociar el Alto Volta, hoy Burkina Faso, a ese menospreciado cajón de sastre que llamamos Tercer Mundo, denominación que los otros mundos inventaron en el momento de las independencias oficiales para asegurar mejor nuestra alienación cultural, económica y política. Nos incluimos en esta denominación, sin por ello justificar este gigantesco engaño de la historia, menos aún aceptarnos como “el último mundo de un Occidente opulento”, para afirmar la conciencia de pertenecer a un conjunto tricontinental y admitir, como países no alineados, y con el peso de nuestras convicciones, que una solidaridad especial une estos tres continentes de Asia, América Latina y África en una misma lucha contra los mismos traficantes políticos y los mismos explotadores económicos.

Reconocer, así, nuestra presencia en el seno del Tercer Mundo es, para parafrasear a José Martí, afirmar que “en la mejilla ha de sentir todo hombre verdadero el golpe que reciba cualquier mejilla de hombre”⁸. Hasta ahora, nosotros hemos ofrecido la otra mejilla. Los bofetones se han multiplicado, pero el corazón del malvado no se ha enternecido. Han pisoteado la verdad del justo. De Cristo

8 José Martí, *Obras completas*, La Habana, Centro de Estudios Martinianos, vol. 4, p. 270. (N. de la T.).

han traicionado la palabra. Han transformado su cruz en garrote. Y después de revestirse con su túnica, han lacerado nuestros cuerpos y nuestras almas. Han ofuscado su mensaje. Lo han occidentalizado mientras nosotros lo recibíamos como liberación universal. Así que hemos abierto los ojos a la lucha de clases. Se acabaron los bofetones.

Cabe proclamar que solo puede haber salvación para nuestros pueblos si damos la espalda radicalmente a todos los modelos que todos los charlatanes de la misma índole han tratado de vendernos durante veinte años. No habrá salvación para nosotros sin este rechazo. No habrá desarrollo sin esta ruptura.

Por otra parte, todos los nuevos “líderes del pensamiento” que salen de su sueño, despertados por el aumento vertiginoso de millones de hombres en harapos, asustados por la amenaza que representa para sus digestiones esta multitud hambrienta, comienzan a reformular sus discursos y, en una búsqueda ansiosa, pretenden hallar en nuestro nombre conceptos-milagros, nuevas formas de desarrollo para nuestros países. Para convencerse de esto, basta con leer las numerosas actas de los innumerables coloquios y seminarios.

Nada más lejos de mi intención ridiculizar los pacientes esfuerzos de esos honestos intelectuales que, puesto que tienen ojos para ver, descubren las terribles consecuencias de los estragos propiciados por los susodichos “especialistas” en desarrollo del Tercer Mundo. El miedo que me corroe es ver los resultados de tantas energías confiscados por los Prósperos⁹ de todo tipo para diseñar la varita mágica destinada a reenviarnos a un mundo de esclavitud maquillada al gusto de nuestro tiempo.

9 Se trata de uno de los protagonistas de *La Tempestad* de William Shakespeare. Próspero practica la magia basada en la tradición de la alquimia, con la que controla los elementos y todo lo que ocurre en la isla. Según Thomas Cartelli en su estudio *Repositioning Shakespeare, La Tempestad* escenifica la relación entre el colonizador y el colonizado, con Próspero y Calibán como sus respectivos íconos. (N. de la T.)

Este miedo se justifica aún más cuando la pequeña burguesía universitaria africana, si no toda la del Tercer Mundo, bien por pereza intelectual, bien porque simple y llanamente ha probado el modo de vida occidental, no está dispuesta a renunciar a sus privilegios. De hecho, esta burguesía olvida que toda lucha política verdadera conlleva un debate teórico riguroso y rehúsa el esfuerzo de reflexión que debemos hacer. Consumista pasiva y lamentable, se embriaga de vocablos fetichistas de Occidente como lo hace con su whisky y su champán, en salones de armonía dudosa.

En vano buscaremos a partir de los conceptos de negritud o de *African personality*, consagrados por los tiempos que corren, ideas verdaderamente innovadoras surgidas de los cerebros de nuestros “grandes” intelectuales. El vocabulario y las ideas nos vienen de fuera. Nuestros profesores, nuestros ingenieros y nuestros economistas se contentan con añadirles los colorantes porque, de las universidades europeas de las que son producto, a menudo solo han traído consigo sus diplomas y el terciopelo de adjetivos y superlativos.

Es necesario, es urgente que nuestros directivos y nuestros obreros de la pluma aprendan que no hay escritura inocente. En estos tiempos tempestuosos no podemos dejar a nuestros únicos enemigos de ayer y de hoy el monopolio del pensamiento, de la imaginación y de la creatividad. Hace falta, antes de que sea demasiado tarde, si no lo es ya, que estas élites, estos hombres de África, del Tercer Mundo, vuelvan a sus raíces, es decir, a su sociedad, a la miseria que hemos heredado, para que comprendan no solamente que la lucha por un pensamiento al servicio de las masas desheredadas no es en vano, sino también que solo serán creíbles en el plano internacional en la medida en que inventen realmente, es decir, en la medida en que den una imagen fiel de nuestros pueblos. Una imagen que les permita realizar cambios profundos en la situación social y política, cambios susceptibles de liberarnos de la dominación y la explotación extranjeras que abocan a nuestros estados a una única perspectiva: el

fracaso. Así lo percibimos nosotros, el pueblo burkinés, a lo largo de aquella noche del 4 de agosto de 1983, con los primeros centelleos de las estrellas en el cielo de nuestra patria. Debíamos ponernos al frente de las insurrecciones campesinas que se anunciaban en las aldeas alarmadas por el avance del desierto, consumidas por el hambre y la sed y abandonadas a su suerte. Debíamos dar un sentido a las inquietantes revueltas de masas urbanas desempleadas, frustradas y cansadas de ver circular las limusinas de las élites alienadas que se sucedían en la cúpula del Estado y que no les ofrecían nada más que falsas soluciones pensadas y concebidas por cerebros ajenos. Debíamos infundir un trasfondo ideológico al justo combate que movilizaba a nuestras masas populares contra el imperialismo monstruoso. La revuelta pasajera, simple llamarada, debía ser sustituida por la revolución permanente, por la lucha eterna contra la dominación.

Otros antes de mí han dicho y otros después dirán hasta qué punto se extendió la brecha entre los pueblos pudientes y los que solo aspiraban a tener qué comer, qué beber, a sobrevivir y conservar su dignidad. Pero nadie imaginará hasta qué punto “en nuestro país el cereal del pobre ha alimentado a la vaca del rico”.

En el caso del antiguo Alto Volta, el proceso era todavía más visible. Éramos la condensación mágica, el hatajo de todas las calamidades que habían echado raíz en los países denominados “en vías de desarrollo”. El testimonio de las ayudas, presentadas como la panacea y, a menudo, pregonadas sin ton ni son, es elocuente. Muy pocos países se han visto tan inundados como el mío por ayudas de todo tipo. Estas ayudas tienen como objetivo básico favorecer el desarrollo: se buscará en vano, en lo que una vez fue el Alto Volta, los signos de ese desarrollo. Los dirigentes, ya sea por ingenuidad, ya sea por egoísmo de clase, no han podido o querido controlar ese aporte exterior, calibrar su alcance y exponer sus exigencias en beneficio de nuestro pueblo [...]

Por supuesto que fomentamos las ayudas de quien nos ayude a prescindir de ayudas; pero, en general, la política de asistencia y ayudas solo ha conseguido que nos desorganicemos, nos hagamos serviles y nos volvamos irresponsables en nuestro espacio económico, político y cultural.

Hemos escogido arriesgarnos por caminos nuevos que nos hagan más felices. Hemos escogido establecer nuevas técnicas.

Hemos escogido buscar formas de organización mejor adaptadas a nuestra civilización, rechazando abrupta y definitivamente todo tipo de *diktats* exteriores, para así crear las condiciones de una dignidad a la altura de nuestras ambiciones. Rechazar el estado de supervivencia; suavizar las presiones políticas; liberar las zonas rurales del inmovilismo medieval o de la regresión; democratizar nuestra sociedad; abrir nuestros espíritus a un universo de responsabilidad colectiva para atrevernos a construir un futuro; deshacer la administración y reconstruirla a través de otra imagen del funcionariado; fundir al ejército con el pueblo mediante el trabajo productivo y recordarle sin cesar que, sin formación patriótica, un militar solo es un criminal en potencia. Este es nuestro programa político.

En cuanto a la gestión económica, aprendimos a vivir con poco, a aceptar e imponernos la austeridad para conseguir grandes propósitos. [...]

Estoy aquí en nombre de todos aquellos que en vano buscan un foro donde poder alzar su voz y lograr que realmente los escuchen. En esta tribuna, muchos me han precedido y otros me sucederán, pero solo unos pocos tomarán la decisión de darles voz. Y, aun así, somos oficialmente percibidos como iguales. Pues bien, me hago portavoz de todos aquellos que en vano buscan un foro donde poder alzar su voz y lograr que realmente los escuchen. Sí, quiero hablar de todos los “abandonados a su suerte” porque “soy un hombre y nada humano me es ajeno”.

Nuestra revolución en Burkina Faso está abierta a las desgracias de todos los pueblos. Se inspira también en todas las experiencias humanas desde el primer soplo de la humanidad. Queremos ser los herederos de todas las revoluciones del mundo, de todas las luchas de liberación de los pueblos del Tercer Mundo. Estamos a la escucha de los grandes cambios que han transformado el mundo. Bebemos de las lecciones de la revolución americana, las lecciones de la victoria contra la dominación colonial y las consecuencias de esta victoria. Adoptamos como nuestra la afirmación de la doctrina de la no injerencia de los europeos en los asuntos americanos y de los americanos en los asuntos de los europeos. Lo que Monroe clamaba en 1823, “América para los americanos”, lo retomamos diciendo “África para los africanos”, “Burkina Faso para los burkineses”.

La Revolución francesa de 1789, zarandeando los cimientos del absolutismo, nos enseñó los derechos humanos vinculados al derecho de los pueblos a la libertad. La Gran Revolución de Octubre de 1917 transformó el mundo, permitió la victoria del proletariado, estremeció las bases del capitalismo e hizo posible los sueños de justicia de la Comuna de París.

Abiertos a todos los vientos de voluntad de los pueblos y de sus revoluciones, conscientes también de los terribles fracasos que han conducido a trágicos agravios contra los derechos humanos, queremos solamente mantener de cada revolución la pureza esencial que nos prohíbe someternos a realidades ajenas, incluso si, en el plano del pensamiento, nos identificamos con una comunidad de intereses.

Señor Presidente, ya no es posible el engaño. El nuevo orden económico mundial por el que luchamos y continuaremos luchando solo se puede conseguir:

- Si logramos destruir el antiguo orden que nos ignora.
- Si nos apropiamos del lugar que nos corresponde en la organización política mundial.

– Si, tomando conciencia de nuestra importancia en el mundo, obtenemos el derecho de voz y voto sobre los mecanismos que rigen el comercio, la economía y la moneda a escala mundial.

El nuevo orden económico mundial simplemente se inscribe junto a todos los otros derechos de los pueblos: derecho a la independencia, a la libre elección de las formas y estructuras de gobierno, al desarrollo. Y, como todos los derechos de los pueblos, nace de la lucha y por la lucha de los pueblos; no será jamás el resultado de un acto de generosidad de un poder cualquiera.

Se comprende fácilmente por qué la indignación de los pueblos se transforma rápido en revuelta y en revolución ante las migajas que se les lanzan bajo la forma ignominiosa de un tipo de “ayuda”, acompañada de condiciones a veces francamente abyectas. Se entiende por qué en el combate por alcanzar el desarrollo nos mostramos como militantes incansables de la paz.

Juramos luchar para atenuar las tensiones, introducir los principios de una vida civilizada en las relaciones internacionales y extenderlos a todas las partes del mundo. Lo que viene a decir que no podemos quedarnos de brazos cruzados ante el tráfico de conceptos.

Reiteramos nuestra resolución de ser agentes activos de la paz, de mantener nuestro lugar en el combate por el desarme, de actuar en la política internacional como el factor decisivo, liberado de todo tipo de trabas ante las grandes potencias, sean cuales sean los proyectos de estas.

No obstante, la búsqueda de la paz camina pareja a la aplicación firme del derecho de los países a la independencia, de los pueblos a la libertad y de las naciones a la existencia autónoma. En este aspecto, el palmarés más penoso, más lamentable —sí, el más lamentable—, es el que ostenta Oriente Próximo en términos de arrogancia, de insolencia y de increíble terquedad de un pequeño país, Israel,

quien, desde hace veinte años, con la incalificable complicidad de su poderoso protector, los Estados Unidos, continúa desafiando a la comunidad internacional.

Menospreciando una historia que hasta hace poco enviaba a cada judío al horror de los hornos crematorios, Israel infringe a otros lo que fue su propio calvario. En cualquier caso, Israel, cuyo pueblo amamos por su coraje y sacrificios del pasado, debe saber que las condiciones de su propia tranquilidad no residen en el poder militar financiado por el exterior. Israel tiene desde ya que aprender a convertirse en una nación como las otras, entre las otras.

Por el momento, afirmamos desde lo alto de esta tribuna nuestra solidaridad militante y activa para con los combatientes, hombres y mujeres, de ese pueblo maravilloso que es Palestina, porque sabemos que no hay sufrimiento sin fin.

[...]

Consideramos inadmisibile, y condenamos sin ambages, el destino dado al pueblo del Sahara Occidental por el reino de Marruecos, que se vale de métodos dilatorios para retardar el plazo que, de todas formas, le será impuesto por la voluntad del pueblo saharauí. Al visitar personalmente las regiones liberadas por el pueblo saharauí, he podido confirmar que nada o casi nada a partir de ahora se interpondrá en el camino hacia la liberación total de su país bajo la actuación y la orientación del Frente Polisario.

Señor Presidente, no quisiera extenderme demasiado en el asunto de Mayotte y las islas del archipiélago malgache. Cuando las cosas están claras, cuando los principios son evidentes, no hay que inventarse nada. La isla Mayotte pertenece a las Comoras. Las islas del archipiélago son malgaches.

[...]

Señor Presidente, pronto celebraremos el ciento cincuenta aniversario de la emancipación de los esclavos del Imperio británico. [...] Para nosotros, todo lo que se pueda hacer, decir u organizar a nivel mundial en el marco de las ceremonias conmemorativas

tendrá que poner el acento en la terrible cuota pagada por África y el mundo negro al desarrollo de la civilización humana. Cuota que no se ha devuelto y que explica, sin lugar a dudas, las razones de la tragedia actual en nuestro continente.

Ha sido nuestra sangre la que ha alimentado la expansión del capitalismo, la que ha hecho posible nuestra dependencia actual y ha consolidado nuestro subdesarrollo. No se puede continuar escondiendo la verdad, trucando las cifras. Por cada negro destinado a las plantaciones, al menos cinco conocieron la muerte o la mutilación. Y eso que omito, deliberadamente, la desorganización del continente y las secuelas que se derivan de ello.

Señor Presidente, si el mundo entero, con su ayuda y con la ayuda del secretario general, logra convencerse de esta verdad con ocasión de este aniversario, entenderá por qué deseamos con todas nuestras fuerzas la paz entre las naciones, por qué exigimos y reclamamos nuestro derecho al desarrollo en la igualdad absoluta, por medio de una organización y un reparto de los recursos humanos.

Porque de todas las razas humanas pertenecemos a la que ha sufrido más, nos hemos jurado, nosotros los burkineses, no aceptar jamás, en el más remoto rincón del planeta, el más mínimo atisbo de injusticia. Es el recuerdo de ese sufrimiento lo que nos posiciona al lado de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) contra el ejército de Israel. Es el recuerdo de ese sufrimiento lo que, por un lado, nos ha hecho apoyar al Congreso Nacional Africano (ANC, por sus siglas en inglés) y a la Organización del Pueblo de África del Sudoeste (SWAPO, por sus siglas en inglés) y, por otro, nos hace intolerantes a la presencia en Sudáfrica de hombres que se consideran a sí mismos blancos y queman el mundo por esta razón. Es ese mismo recuerdo el que nos hace situar a la Organización de las Naciones Unidas desde toda nuestra fe en un deber común, en una tarea común por una esperanza común.

Reclamamos:

- Que se intensifique por todo el mundo la campaña por la liberación de Nelson Mandela y su presencia efectiva en la próxima Asamblea General de la ONU como una victoria del orgullo colectivo.
- Que se cree, en memoria de nuestros sufrimientos y a título de perdón colectivo, el Premio Internacional de la Humanidad Reconciliada, destinado a todos los que mediante su investigación hayan contribuido a la defensa de los derechos humanos.
- Que los presupuestos destinados a la investigación espacial se rebajen a una diezmilésima parte y se dediquen a investigaciones en el ámbito de la salud encaminadas a reconstituir el entorno humano, perturbado por toda esa pirotecnia perjudicial para el ecosistema.

Proponemos igualmente que la configuración de las Naciones Unidas sea repensada y que se ponga fin a ese escándalo que es el derecho a veto. Por supuesto, los efectos negativos de su uso abusivo son atenuados por el cuidado que ponen algunos de quienes detentan ese derecho. Sin embargo, nada lo justifica: ni la dimensión de los países que lo poseen, ni su riqueza.

Si el argumento para justificar tal iniquidad es el precio pagado a lo largo de la Segunda Guerra Mundial, que sepan las naciones que se atribuyeron tales derechos que nosotros también, todos y cada uno, tenemos un tío o un padre que, al igual que miles de inocentes arrancados del Tercer Mundo para defender los derechos pisoteados por las hordas hitlerianas, llevan en su piel las cicatrices de las balas nazis. ¡Que acabe de una vez la arrogancia de los grandes que no pierden ocasión para cuestionar los derechos de los pueblos!

La ausencia de África del club de quienes poseen el derecho a veto es una injusticia que tiene que terminar.

Para concluir, mi delegación no habría terminado de cumplir con sus obligaciones si no exigiéramos la suspensión de Israel y la exclusión pura y simple de Sudáfrica de nuestra organización.

Cuando, con el tiempo, estos países hayan realizado la mutación que los introduzca en la comunidad internacional, cada uno de nosotros, con mi país a la cabeza, tendrá que acogerlos con bondad y guiar sus primeros pasos. [...]

UN FRENTE UNIDO CONTRA LA DEUDA

Discurso pronunciado el 29 de julio de 1987 en Addis Abeba durante la vigésima tercera cumbre anual de países miembros de la Organización para la Unidad Africana.

[...] Creemos que la deuda se debe analizar primero en virtud de su origen. Los orígenes de la deuda se remontan a los orígenes del colonialismo. Quienes nos han prestado el dinero son quienes nos han colonizado. Son los mismos que administraban nuestras economías. Son los colonizadores quienes endeudaron a África ante los prestamistas, y ante sus primos y hermanos. Somos ajenos a la deuda. Por eso, no la podemos pagar.

La deuda es el neocolonialismo o los colonialistas que se transformaron en “asistentes técnicos”. De hecho, deberíamos decir en asesinos técnicos. Y fueron ellos quienes nos propusieron fuentes de financiación, las de los “prestamistas”. A estos prestamistas nos los han aconsejado, recomendado. Nos han presentado dosieres y proyectos financieros tentadores. Nos hemos endeudado por cincuenta, sesenta años o incluso más. Es decir, nos han obligado a comprometer a nuestros pueblos durante cincuenta años y más.

La deuda, en su forma actual, es una reconquista de África sabiamente organizada, para que su crecimiento y su desarrollo obedezcan a escalas, a normas que nos son totalmente ajenas, de manera que cada uno de nosotros se vuelva esclavo financiero, es decir, esclavo a secas, de quienes han tenido la oportunidad, la astucia, la picaresca de invertir fondos en África con la obligación de devolvérselos. Se

nos dice que tenemos que reembolsar la deuda. No es una cuestión moral. No es tampoco una cuestión relacionada con ese supuesto honor de reembolsar o no reembolsar.

Señor Presidente, hemos escuchado y aplaudido a la primera ministra de Noruega cuando ha intervenido en esta tribuna. Ella ha afirmado —ella, que es europea— que toda la deuda no se puede reembolsar. Quisiera simplemente completar lo dicho y añadir que la deuda no debe ser reembolsada. La deuda no debe ser reembolsada porque, en primer lugar, si no pagamos nuestros prestamistas no se morirán. Démoslo por seguro. Si, por el contrario, pagamos, seremos nosotros quienes moriremos. Démoslo por seguro igualmente. Quienes nos han conducido al endeudamiento han jugado como en un casino. Mientras ganaban, no había discusión; ahora que pierden, nos exigen el reembolso. Y hablan de crisis. No, señor Presidente, han jugado y han perdido, es la regla del juego y la vida continúa. [Aplausos.]

No podemos reembolsar la deuda porque no tenemos con qué pagarla. No podemos reembolsar la deuda porque no somos responsables de la deuda. No podemos pagar la deuda porque son los otros quienes nos deben lo que las potencias más ricas no podrían pagar jamás: la deuda de sangre. Es nuestra sangre la que se ha derramado.

Se habla del Plan Marshall que rehízo económicamente a Europa, pero no se habla del Plan Africano que permitió a Europa hacer frente a las hordas hitlerianas cuando sus economías estaban amenazadas y sus estabildades también. ¿Quién ha salvado a Europa? África. Se habla poco de ello. Se habla tan poco que no podemos ser, nosotros también, cómplices de este silencio ingrato. Si los otros no pueden cantar nuestras alabanzas, al menos tenemos el deber de decir que nuestros padres fueron valientes y que nuestros excombatientes salvaron a Europa y finalmente permitieron al mundo deshacerse del nazismo.

La deuda es también la consecuencia de los enfrentamientos. Cuando se habla de crisis económica, se olvida que la crisis no aparece súbitamente. La crisis existe desde siempre y se irá agravando a medida que las masas populares vayan siendo más conscientes de sus derechos ante los explotadores.

Hoy en día hay crisis porque las masas rechazan que las riquezas se concentren en unos pocos individuos. Hay crisis porque algunos individuos depositan en bancos extranjeros sumas tan colosales que bastarían para desarrollar África. Hay crisis porque, ante estas riquezas individuales que podemos nombrar, las masas populares se niegan a vivir en los guetos y los barrios más pobres. Hay crisis porque los pueblos de todo el mundo rechazan que se pueda vivir en Soweto junto a Johannesburgo. Por eso hay lucha y la exacerbación de esa lucha inquieta a quienes poseen el poder financiero.

Se nos pide hoy que seamos cómplices en la búsqueda de un equilibrio. Equilibrio a favor de quienes poseen el poder financiero. Equilibrio en detrimento de las masas populares. Digamos: ¡No!, no podemos ser cómplices. No, no podemos figurar al lado de quienes chupan la sangre de nuestros pueblos y de quienes viven del sudor de nuestros pueblos. No podemos permanecer con ellos en sus enfoques asesinos.

Señor Presidente, hemos escuchado hablar de clubes —el Club de Roma, el Club de París, el Club del Mundo Entero—. Hemos escuchado hablar del Grupo de los Cinco, de los Siete, del Grupo de los Diez y, quizás, hasta del Grupo de los Cien. Ya ni sé. Es normal que tengamos también nuestro club y nuestro grupo. Hagamos que, desde hoy, Addis Abeba se convierta de igual modo en la sede, el centro del que partirá el nuevo germen del Club de Addis Abeba contra la deuda. Solo de esta manera podemos afirmar hoy que, al rechazar pagar la deuda, no buscamos involucrarnos en un proceso de confrontación, sino en un proceso fraternal en el que decimos las cosas tal como son.

Por otra parte, las masas populares en Europa no se oponen a las masas populares en África. Quienes quieren explotar a África son los mismos que están explotando a Europa. Tenemos un enemigo común, por lo que el club formado en Addis Abeba tendrá que recordar tanto a unos como a otros que la deuda no se pagará. Cuando decimos que la deuda no se pagará, no es que seamos contrarios a la moral, la dignidad o el respeto a la palabra. Creemos que no tenemos la misma moral que los otros. La Biblia, el Corán no pueden servir por igual a quien explota que a quien es explotado. Hará falta que haya dos ediciones de la Biblia y dos ediciones del Corán. [Aplausos].

No podemos aceptar su moral. No podemos aceptar que nos hablen de dignidad. No podemos aceptar que nos hablen de los méritos de quienes pagan y de pérdida de confianza ante los que no pagan. Muy al contrario, debemos considerar con toda normalidad que hoy en día los más ricos son los mayores ladrones. Un pobre, cuando roba, solo comete un hurto, una nimiedad para sobrevivir y por necesidad. Los ricos son quienes roban al fisco, a las aduanas. Son ellos quienes explotan al pueblo. [...]

Señor Presidente, no se trata pues de una provocación. Me encantaría que, con toda prudencia, nos ofreciera soluciones. Me gustaría que nuestra cumbre aprobara la necesidad de decir claramente y de un modo nada belicista que no podemos pagar la deuda, y que lo hacemos para evitar que nos asesinen. Si solo Burkina Faso se niega a pagar la deuda, yo ya no estaré presente en la próxima cumbre. Sin embargo, con el apoyo de todos, que necesito en gran manera [aplausos], con el apoyo de todos, podremos evitar pagar la deuda. Y al evitar pagarla, podremos destinar nuestros magros recursos a nuestro desarrollo.

Quisiera terminar diciendo que podemos tranquilizar a los países a los que les decimos que no pagaremos la deuda, ya que lo que nos ahorraremos no se irá en gastos de prestigio. No queremos más

prestigio. Lo que se ahorrará se destinará al desarrollo. En particular, evitaremos endeudarnos con armas, porque un país africano que compra armas solo las puede usar contra un africano. No contra un europeo o contra un asiático. Por consiguiente, debemos también, en el impulso de la resolución del asunto de la deuda, encontrar una solución al problema del armamento. [...]

LA LIBERACIÓN DE LA MUJER, UNA EXIGENCIA DE FUTURO

Discurso pronunciado el 8 de marzo de 1987 en Uagadugú.

LA LUCHA DE CLASES Y LA CUESTIÓN DE LA MUJER

[...] La importancia del materialismo dialéctico consiste en haber traspasado los límites esenciales de la biología y haber huido de las tesis simplistas de la dependencia de la especie para integrar todos los hechos en el contexto económico y social. Por muy lejos que nos remontemos en la historia de la humanidad, la influencia del hombre sobre la naturaleza no se ha llevado a cabo nunca directamente, a cuerpo descubierto. La mano con un pulgar prensil se prolonga en el instrumento que multiplica su poder. No son, pues, únicamente las características físicas, la musculatura y el parto, por ejemplo, las que consagraron la desigualdad de estatus entre el hombre y la mujer. Tampoco ha sido la evolución técnica como tal la que ha perpetuado esta desigualdad. En algunos casos —y en algunas partes del planeta— la mujer ha podido elidir la diferencia física que la separa del hombre.

Es el paso de una forma de sociedad a otra la que justifica la institucionalización de esta desigualdad. Una desigualdad generada por el espíritu y por nuestra inteligencia para ejercer la dominación y la explotación dirigidas, representadas y vividas, desde ese momento, por las funciones y los roles a los que hemos sometido a la mujer.

La maternidad y la obligación social de ser conforme a los cánones de lo que los hombres consideran elegancia representan un

obstáculo para aquellas mujeres a las que les gustaría esculpirse una musculatura de las que se dicen propias de los hombres.

Durante miles de años, desde el Paleolítico hasta la Edad de Bronce, las relaciones entre los sexos fueron, según consideran los paleontólogos, las mejores en cuanto a complementariedad positiva. Estos vínculos perduraron a lo largo de ocho milenios durante los cuales fueron comunes la colaboración y la interferencia, y no la exclusión propia del patriarcado absoluto, más o menos generalizado en la época histórica. Engels analizó el estado de la evolución de las técnicas, pero también de la subordinación de la mujer que nació con la aparición de la propiedad privada, en el tránsito de un modo de producción a otro, de una organización social a otra.

En el trabajo intensivo que exige desbrozar un bosque, hacer florecer los campos y sacar el mayor provecho de la naturaleza interviene la división de tareas. El egoísmo, la holgazanería, la búsqueda de lo fácil..., en resumen, los mayores beneficios a cambio de los menores esfuerzos, emergen de las entrañas del hombre y se erigen como principios. La ternura protectora de la mujer respecto de la familia y del clan se convierte en la trampa que la expone a la dominación del macho. La inocencia y la generosidad son víctimas del disimulo y de las maniobras más viles. El amor es ultrajado. La dignidad es desdeñada. Todos los sentimientos verdaderos se transforman en objetos mercantiles. En consecuencia, el sentido de hospitalidad y solidaridad de las mujeres sucumbe a la astucia de los bribones. Aunque consciente de este engaño que rige el reparto desigual de las tareas, ella, la mujer, sigue al hombre para cuidar y criar todo aquello que ama. Él, el hombre, sobreexplota una entrega tan total. Más tarde, el germen de la explotación vituperable instala reglas atroces, sobrepasando las concesiones conscientes de una mujer históricamente traicionada.

Con la llegada de la propiedad privada, la humanidad experimenta entonces la esclavitud. El hombre, dueño de los esclavos y

de la tierra, se convierte también en propietario de la mujer. Esta es la gran derrota histórica del sexo femenino, que se explica por la alteración sustancial sobrevenida en la división del trabajo, en la aparición de nuevos modos de producción y en la revolución de los medios de producción.

Así pues, el derecho paterno sustituye al derecho materno; la transmisión de esta dominación se ejerce del padre al hijo y no de la mujer a su clan. De ese modo, aparece la familia patriarcal fundada en la propiedad personal y única del padre, convertido en jefe de familia. En esta familia, la mujer es oprimida. Constituido en soberano, el hombre sacia sus derechos sexuales, se aparea con las esclavas o las hetairas. Las mujeres se convierten en su botín y sus conquistas mercantiles. El hombre saca provecho de su fuerza de trabajo y goza de la diversidad de placeres que le procuran. [...].

De hecho, con los años y allí donde triunfaba el patriarcado, habría un estrecho paralelismo entre la explotación de las clases y la dominación de la mujer. Por supuesto, con algunos periodos de tregua en los que las mujeres sacerdotisas o guerreras destruyeron el yugo opresivo; pero lo esencial, tanto en el ámbito cotidiano como en la represión intelectual y moral, ha sobrevivido y se ha consolidado. Destronada de la propiedad privada, forzada a renunciar a sí misma, relegada al rango de sirvienta y nodriza, considerada innecesaria por las filosofías de Aristóteles, Pitágoras y otros y por las religiones más firmemente asentadas, desvalorizada en los mitos, la mujer compartía la misma suerte que el esclavo, quien, en el seno de una sociedad esclavista, no era más que una bestia con aspecto humano.

No es nada sorprendente que, en su fase conquistadora, el capitalismo, para el que los seres humanos solo eran cifras, haya sido el sistema económico que más ha explotado a la mujer, con más cinismo y más refinamiento. Este era el caso, tal como se ha señalado, en las fábricas de la época, que solo empleaban a mujeres en los oficios que usaban telares mecánicos. Se daba preferencia a las mujeres

casadas y, de entre ellas, a las que tenían en casa una familia a la que mantener, pues mostraban mucha más atención en el trabajo y más docilidad que las solteras. Trabajaban hasta el límite de sus fuerzas para procurar a los suyos los medios de subsistencia indispensables. Es así como las cualidades propias de la mujer quedan distorsionadas en su detrimento y todos los elementos morales y delicados de su naturaleza se convierten en medios de su sumisión. Su ternura, su amor a la familia, la meticulosidad que aporta a su trabajo se usan contra ella, al tiempo que el propio hombre se protege de los defectos que pueda tener.

Así, a través de las épocas y de los tipos de sociedades, la mujer ha sufrido una triste suerte: la de la desigualdad perpetuamente afianzada con respecto al hombre. Por mucho que las manifestaciones de esta desigualdad hayan adoptado todo tipo de colores y formas, la desigualdad ha seguido siendo la misma. En la sociedad esclavista, el hombre esclavo era considerado un animal, un medio de producción de bienes y servicios. La mujer, fuere cual fuere su condición, era aplastada dentro de su propia clase y fuera de ella incluso en el caso de aquellas que pertenecían a las clases sociales explotadoras.

En la sociedad feudal, basándose en la supuesta debilidad física o psicológica de las mujeres, los hombres las relegaron a una dependencia absoluta de ellos. A menudo considerada como un objeto de deshonra o como la principal agente de indiscreción, la mujer, con contadas excepciones, era excluida de los lugares de culto. En la sociedad capitalista, la mujer, perseguida moral y socialmente, es también dominada en el ámbito económico. Mantenido por el hombre cuando no trabaja, se la sigue considerando así aunque se mate a trabajar. Es difícil arrojar luz lo suficientemente esclarecedora sobre la miseria de las mujeres, demostrar con argumentos de suficiente peso que la mujer es solidaria con la miseria del proletariado.

ESPECIFICIDAD DE LA CONDICIÓN FEMENINA

La mujer es solidaria con el hombre explotado. Sin embargo, esta solidaridad en la explotación social, en la que hombres y mujeres son víctimas y que une las suertes de unos y otras en la historia, no debe hacernos perder de vista la especificidad de la condición femenina. La condición de la mujer desborda las entidades económicas, singularizando la opresión de la que es víctima. Esta singularidad nos impide llegar a conclusiones, abocándonos a simplificaciones fáciles e infantiles. Sin duda, en la explotación, a la mujer y al obrero se los mantiene en silencio. Pero, con el sistema actual, la mujer del obrero debe otro silencio a su marido obrero. En otras palabras, a la explotación de clases que les es común, las mujeres añaden las relaciones particulares con el hombre, relaciones de oposición y de agresión que toman las diferencias físicas como pretexto para imponerse.

Tenemos que admitir que la asimetría entre los sexos es la que caracteriza a la sociedad humana y que esta asimetría define los vínculos supremos que no nos permiten apreciar a simple vista en la mujer, incluso en el seno de la producción económica, a una mera trabajadora. Vínculos privilegiados y vínculos peligrosos que hacen que la cuestión de la condición de la mujer se plantee siempre como un problema.

El hombre toma entonces como pretexto la complejidad de estos vínculos para sembrar la confusión en la mujer y sacar provecho de todos los ardides de la explotación de clase que le permiten mantener su dominio sobre ella. Del mismo modo, en distintos momentos, unos hombres han dominado a otros al conseguir imponer la idea según la cual, en nombre del origen de la familia y del nacimiento, del “derecho divino”, ciertos hombres eran superiores a otros. De ahí la existencia del régimen feudal. Del mismo modo, en otros sitios, otros hombres han logrado dominar a pueblos enteros desde

el momento en que el origen y la explicación del color de su piel les servían de justificación —considerada por ellos “científica”— para dominar a aquellos que tenían la desgracia de ser de otro color. De ahí el régimen colonial. De ahí el *apartheid*.

No podemos dejar de estar atentos a esta situación de las mujeres, porque es dicha situación la que impulsa a las más valientes a hablar de guerra de sexos cuando se trata de una guerra de clanes y de clases, que deben sostener todos juntos en la complementariedad. Pero tenemos que admitir que es la actitud de los hombres la que hace posible tal obliteración de significados y autoriza con ello todas las astucias semánticas del feminismo, algunas de las cuales no han sido inútiles en el combate que hombres y mujeres libran contra la opresión. Un combate que podemos ganar, que ganaremos si recuperamos nuestra complementariedad, si nos reconocemos necesarios y complementarios, si sabemos que estamos condenados a la complementariedad.

Por el momento, es necesario reconocer que el comportamiento masculino, comportamiento vanidoso, irresponsable, arrogante y violento en todos los sentidos con respecto a la mujer, no puede conducir a una actuación coordinada contra la opresión ejercida sobre esta. Y qué decir de esas actitudes que rayan en la imbecilidad, y que no son otra cosa que las válvulas de escape de esos machos oprimidos que esperan, con sus brutalidades hacia sus mujeres, recuperar en beneficio propio una humanidad que el sistema de explotación les niega.

La imbecilidad masculina se llama sexismo o machismo. Es una forma de pobreza intelectual y moral, incluso de imposición física más o menos declarada, que, a menudo, obliga a las mujeres políticamente conscientes a considerar como un deber la necesidad de luchar en dos frentes.

Para luchar y vencer, las mujeres se tienen que identificar con los estratos y las clases sociales oprimidas: los obreros y los campesinos. [...]

LA CONDICIÓN DE LA MUJER EN BURKINA FASO

Mientras que, a juicio de la sociedad, el varón que nace es “un regalo de Dios”, el nacimiento de una hembra suscita, si no un sentimiento de fatalidad, en el mejor de los casos la percepción de haber recibido un obsequio que servirá para producir alimentos y reproducir a la especie humana.

Al niño se le enseñará a querer y a obtener, a ordenar y a recibir, a desear y a tomar, a decidir de manera irrevocable. A la futura mujer, la sociedad, como un solo hombre —nunca mejor dicho—, le asesta e inculca normas sin sentido. Corsés psíquicos mal llamados virtudes que crean en ella un sentimiento de alienación personal, lo que desarrolla en la niña la preocupación por la protección y la predisposición a alianzas tutelares y a tratados matrimoniales. ¡Qué fraude mental tan monstruoso!

Así, privada de infancia, la niña, desde la edad de tres años, deberá responder a su razón de ser: servir y ser útil. En tanto que su hermano de cuatro, cinco o seis años jugará hasta agotarse o aburrirse, ella entrará, sin miramientos, en el proceso de producción. La niña tendrá ya una profesión: ama de casa. Ocupación sin remuneración, por supuesto, porque ¿no decimos siempre que una mujer “no hace nada” en casa? ¿Acaso no se inscribe a las mujeres en los documentos de identidad como “amas de casa” para decir que no tienen empleo, “que no trabajan”?

[...] Nuestra sociedad, todavía en gran manera primitiva y agraria, patriarcal y poligámica, convierte a la mujer en un objeto

de explotación por su fuerza de trabajo y consumo, por su función de reproducción biológica.

¿Cómo vive la mujer esta curiosa doble identidad: el hecho de ser el nodo vital que une a todos los miembros de la familia, que garantiza con su presencia y su atención la unidad fundamental, y el hecho de ser marginada e ignorada? Una condición híbrida, si se quiere, en la que el ostracismo impuesto solo es comparable al estoicismo de la mujer. Para vivir en armonía con una sociedad de hombres, para conformarse con el *diktat* de los hombres, la mujer se aferrará a una ataraxia envilecedora y negativista, mediante la entrega de su ser.

Mujer fuente de vida, pero mujer objeto. Madre, pero servil criada. Mujer-nodriz, pero mujer-coartada. Forzada a trabajar en el campo y en casa, pero simple figurante sin voz ni rostro. Mujer-bisagra, mujer-encrucijada, pero mujer encadenada, mujer-sombra a la sombra masculina.

Pilar del bienestar familiar, la mujer es comadrona, lavandera, limpiadora, cocinera, mensajera, matrona, agricultora, curandera, horticultora, trituradora de mijo¹⁰, vendedora y obrera. La mujer es una fuerza de trabajo con herramientas obsoletas, que acumula centenares de miles de horas para obtener rendimientos desesperantes.

[...] Dominada y trasladada de una tutela protectora explotadora a una tutela dominadora y aún más explotadora; la primera en el trabajo y la última en el descanso; la primera en los pozos y en los bosques, en el fuego del hogar, pero la última en saciar su sed, autorizada a comer solo cuando sobra, y después del hombre; piedra angular de la familia, pese a sostener sobre sus hombros,

10 Se refiere a las mujeres que se encargan de triturar el mijo y otros cereales en los pilones. Esta labor es ejecutada siempre por mujeres y comporta mucho esfuerzo y una dedicación considerable de tiempo. (N. de la T.)

con sus manos y en su vientre esta familia y la sociedad, la mujer recibe a cambio como paga una ideología natalista opresiva, tabúes y prohibiciones alimentarias, trabajo excesivo, malnutrición, embarazos de riesgo, despersonalización y otros incontables males que convierten la mortalidad materna en uno de los problemas más intolerables, inefables y vergonzosos de nuestra sociedad. [...]

La euforia de la independencia olvidó a la mujer en el lecho de las esperanzas castradas. Marginada de las liberaciones, ausente de las decisiones, vulnerable y, en consecuencia, víctima de las circunstancias, ha continuado sosteniendo a la familia y a la sociedad. El capital y la burocracia han servido para mantener a la mujer subyugada. El imperialismo ha hecho el resto.

Mucho menos escolarizadas que los hombres, analfabetas en un 99%, poco formadas en sus profesiones, discriminadas en sus empleos, limitadas a funciones subalternas, las primeras en ser acosadas y despedidas, las mujeres, bajo el peso de cien tradiciones y de mil excusas, han continuado planteando desafíos sucesivos. Tienen que mantenerse activas a toda costa, por sus hijos, por su familia y por la sociedad. A través de mil noches sin aurora.

El capitalismo necesitaba algodón, karité y sésamo para sus industrias y la mujer, nuestras madres, además de aquello que ya hacían, tuvieron que cargar con la cosecha. En las ciudades, donde se suponía que estaba la civilización emancipadora de la mujer, esta se ve obligada a decorar los salones de la burguesía, a vender su cuerpo para vivir o a servir como carnada comercial en producciones publicitarias.

[...] Juntos tenemos que velar siempre por el acceso de la mujer al mercado laboral. Ese trabajo emancipador y liberador que garantizará a la mujer la independencia económica, un rol social más positivo y un conocimiento más justo y más completo del mundo.

[...] La educación y la emancipación económica, mal entendidas y erróneamente orientadas, pueden ser fuentes de desgracia para

las mujeres y con ello para la sociedad. Buscadas como amantes, desposadas en el mejor de los casos, son abandonadas en la adversidad. El dictamen hacia ellas es implacable: la intelectual es “un bicho raro” y la acaudalada es sospechosa. A todas se las condena a un celibato que no sería un problema si no fuera la viva estampa del ostracismo dirigido por toda una sociedad contra unas personas, víctimas inocentes porque ignoran todo de “su crimen y su error”, frustradas porque cada día se marchita un poco más una afectividad que se transforma en amargura o hipocondría. Hay muchas mujeres cuya sabiduría les ha acarreado muchos fracasos y cuya fortuna ha fomentado sus infortunios.

[...] Hoy en día todavía, y para muchas de nuestras mujeres, guarecerse al abrigo de un hombre constituye el finiquito más certero contra el opresivo “qué dirán”. Se casan sin amor y sin ganas de vivir, en beneficio exclusivo de un granuja, de un hombre anodino que se desentiende de la vida y de las luchas del pueblo. A menudo, las mujeres exigen una independencia altanera, reclamando a su vez que se las proteja o, peor aún, que se las acoja bajo el protectorado colonial de un macho. No creen que se pueda vivir de otra forma.

¡Pues no! Hace falta recordarles a nuestras hermanas que el matrimonio, si no aporta nada a la sociedad y si no les hace felices, no es indispensable e incluso debe evitarse. Al contrario, mostrémosles cada día ejemplos de pioneras atrevidas e intrépidas que, en su celibato, con o sin hijos, viven radiantes y realizadas, desbordantes de riquezas y de disponibilidad para los demás. Incluso son envidiadas por aquellas atrapadas en un matrimonio desgraciado debido a la simpatía que despiertan, la alegría que obtienen de su libertad, su dignidad y su generosidad.

A nivel gubernamental, guiados por las directrices del Consejo Nacional de la Revolución, implantaremos un plan de acción coherente a favor de la mujer que implique al conjunto de los departamentos ministeriales, con el objetivo de situar las responsabilidades

de cada uno en misiones a corto o medio plazo. [...] Este nuevo enfoque multidimensional de la cuestión de la mujer deriva del análisis científico de su origen, de sus causas y de su importancia en el marco de nuestro proyecto de una sociedad nueva, despojada de todo tipo de explotación y de opresión. [...]

En esta línea, nuestra sociedad se debe alejar de concepciones feudales que convierten a la mujer no casada en un estigma de la sociedad, sin darnos cuenta de que todo ello no hace sino traducir la relación de apropiación que implica el hecho de que cada mujer sea propiedad de un hombre. De este modo, se menosprecia a las madres solteras como si fueran ellas las únicas responsables de esta situación, cuando siempre ha habido un hombre culpable. De este modo, las mujeres que no tienen hijos son oprimidas partiendo de creencias desfasadas, cuando hay una explicación científica y la ciencia puede tener la solución.

Asimismo, la sociedad ha impuesto a la mujer cánones de belleza que perjudican su integridad física: la ablación, las escarificaciones, las mutilaciones dentales¹¹, las perforaciones de labios y nariz.

La aplicación de estas normas de belleza tiene un beneficio cuestionable, puesto que compromete la capacidad de la mujer para procrear y, en el caso de la ablación, su vida afectiva. Otros tipos de mutilación, aun siendo menos peligrosos, como la perforación de las orejas y los tatuajes, no dejan de ser una expresión de la supeditación de la mujer, supeditación impuesta por la sociedad para que aquella pueda pretender un marido. [...]

11 Las mutilaciones dentales son una práctica en la que se tallan los dientes superiores e inferiores en forma de uve, de lo que resulta una dentadura afilada cuyas piezas en su totalidad semejan incisivos. El uso de herramientas no odontológicas, como trozos de madera para separar las mandíbulas y machetes para practicar los cortes, hacen que dichas mutilaciones resulten muy dolorosas durante su realización y posteriormente.

Nuestra revolución persigue un cambio cualitativo y profundo de nuestra sociedad. Este cambio tiene que tomar en consideración obligatoriamente las aspiraciones de la mujer burkinesa. La liberación de la mujer es una exigencia de futuro y el futuro, camaradas, es en todos los sentidos portador de revoluciones. Si perdemos la batalla por la liberación de la mujer, habremos perdido todo el derecho a esperar una transformación positiva superior de la sociedad. Nuestra revolución no tendrá sentido alguno. Y es a esta noble lucha a la que estamos todos invitados, hombres y mujeres. [...]

Camaradas, ¡ay de aquellos que desprecian a las mujeres! Así, a todos los hombres aquí y en cualquier lugar, a todos los hombres de toda condición y clase que menosprecian a la mujer, que ignoran y olvidan lo que representa la mujer, les digo: “Han chocado con una piedra y serán aplastados por ella”.

Camaradas, ninguna revolución, comenzando por la nuestra, saldrá victoriosa mientras las mujeres no sean previamente liberadas. Nuestra lucha, nuestra revolución será incompleta en tanto no comprendamos la liberación como esencial a todos los seres humanos. Luego de la liberación del proletariado, queda la liberación de la mujer. Camaradas, toda mujer es la madre de un hombre. Me arrepentiría como hombre, como hijo, si aconsejara e indicara el camino a la mujer. Sería pretencioso querer aconsejar a una madre. Pero sabemos que la indulgencia y el afecto de una madre se basan en escuchar a su hijo, incluso en sus caprichos, sus sueños y sus vanidades. Esto me consuela y me autoriza a dirigirme a ustedes.

Camaradas, es por ello que necesitamos de vosotros para conseguir una verdadera liberación de todos nosotros. Sé que encontraréis los medios y el tiempo para ayudarnos a salvar a nuestra sociedad.

Camaradas, no habrá revolución social verdadera hasta que la mujer no sea liberada. Que nunca mis ojos vean y que nunca mis pasos me lleven a una sociedad donde a la mitad de la población la mantienen en silencio. Escucho el estrépito de ese silencio en las mujeres, presiento el rugido de su tormenta, percibo la furia de su rebelión. Deseo y espero que la irrupción fecunda de la revolución haga surgir de sus entrañas oprimidas la fuerza y la justicia rigurosa.

LOS TRIBUNALES POPULARES DE LA REVOLUCIÓN

Discurso pronunciado el 3 de enero de 1984
en el acto de instauración de los Tribunales Populares
de la Revolución.

Nuestra revolución, la revolución de agosto, fijándose como objetivo la destrucción del aparato de Estado burocrático y otorgando al pueblo una representación mucho más accesible, ha demostrado, si era necesario todavía, que el régimen implantado es más democrático que la más democrática de las repúblicas burguesas.

Sin embargo, cabe esperar que la instauración de los Tribunales Populares de la Revolución (TPR) sea objeto de ataque por parte de nuestros enemigos, tanto en el exterior como en el interior del país.

Serán vistos, sin lugar a dudas, como un instrumento de represión, cuando no de inquisición política. Dirán que atentan contra los derechos humanos. Pero da igual. Nuestra justicia popular se distingue de la justicia de una sociedad donde explotadores y opresores poseen el aparato de Estado en que se encargará de sacar a la luz, de desvelar públicamente todos los entresijos políticos y sociales de los crímenes perpetrados contra el pueblo, y de llevar a este a medir su capacidad para lecciones de moral social y política práctica. Los juicios de los TPR permitirán revelar a los ojos del mundo las heridas del régimen neocolonial, poniendo de manifiesto las actuaciones censurables y creando los elementos de edificación para una sociedad nueva.

Igualmente, la condena de los crímenes socioeconómicos y morales nos situará ante un proceso político, ante un cuestionamiento del sistema político de la sociedad neocolonial.

Al atacar al ser humano se pone en cuestión la sociedad entera. Por ello, los debates que integrarán estos procesos deberán tener un carácter educativo en las explicaciones ofrecidas a las masas populares, a la audiencia y en la prensa. Los veredictos resultantes deberán proporcionar motivos de reflexión más que suficientes. La hipocresía de la moral burguesa y reaccionaria radica en los sobresaltos de indignación frente a la condena de algunos individuos y en los silencios cómplices ante el genocidio colectivo de un pueblo que se muere en la miseria, el hambre y el oscurantismo.

Juzgamos a un hombre para restablecer los derechos de millones de hombres. En consecuencia, somos fervientes defensores de los derechos de todos los humanos, y no de un solo hombre. A la “moral” inmoral de la minoría explotadora y corrupta, enfrentamos la moral revolucionaria de todo un pueblo por la justicia social.

Consciente de esa legitimidad revolucionaria, el Consejo Nacional de la Revolución (CNR) les invita, camaradas jueces de los TPR, a dar muestras de sangre fría y conciencia revolucionaria; sin excesos, pero con firmeza; sin pasión, pero con lucidez; con discernimiento, pero sin complacencias, para que los derechos adquiridos por nuestra revolución sean salvaguardados.

Hemos escogido entre dos tipos de derecho: por un lado, el derecho revolucionario del pueblo; por otro, el antiguo derecho reaccionario de la minoría burguesa. La justicia que están llamados a practicar se inspira en los principios democráticos de nuestra revolución. Una democracia para el pueblo y contra los explotadores y los opresores, ese es el fundamento de los TPR.

Deben estar orgullosos. Orgullosos de haber sido elegidos como los artesanos de una obra innovadora en todos los aspectos.

Dejemos a los dueños de la llamada democracia pura con sus lloriqueos y sus aplazamientos. Dejemos que se indignen y escandalicen los juristas y los eruditos, todos ellos formalistas obsesionados con los procedimientos y los protocolos, cuyas intenciones mistificadoras para con el pueblo aún no han percibido, esas que hacen de los magistrados envueltos en sus togas y ridículamente ataviados con sus epitogas —a veces incluso con peluca— unas marionetas que a los revolucionarios nos suscitan compasión, sobre todo cuando los sentimos cerca del pueblo, hasta el punto de querer desertar de su corporación.

En efecto, a régimen reaccionario, justicia reaccionaria. Entendemos el dolor de un magistrado progresista, incluso revolucionario, cuando se siente presionado a aplicar los textos de un derecho que pisotea sus convicciones políticas más íntimas. Otras corporaciones, como el ejército, por citar una sola, nos han puesto frente a tales dilemas.

Pero, por suerte, la revolución del 4 de agosto, la Revolución Democrática y Popular, vino a liberar y movilizar las conciencias de todos los que han escogido conscientemente el lado del pueblo.

Las masas populares del Alto Volta dejaron de ser víctimas de los políticos reaccionarios el día que comprendieron que, en una sociedad donde existen explotadores que ejercen la dominación sobre la mayoría del pueblo, en un tipo de sociedad así, la justicia es incontestablemente una justicia hecha por los explotadores. Uno de los objetivos de nuestra revolución popular es instituir un Estado democrático, que deberá ser intrínsecamente distinto del Estado de los explotadores.

La justicia del Estado democrático es distinta de la justicia de los explotadores. Si los regímenes políticos reaccionarios enterrados bajo nuestros pies, así como sus semejantes exteriores en vías de fosilización, no han osado ni osarán jamás organizar los procesos contra esta hampa política, es justamente porque han entendido que

no pueden, en sus sistemas reaccionarios, instituir los TPR donde el pueblo se exprese sin que ellos mismos corran el riesgo de desaparecer. De la misma forma que no pueden recurrir a los tribunales clásicos, cuyo veredicto solo provocaría la cólera legítima de los sin voz, de la voz del pueblo. De ahí ciertas medidas de compromiso como, por ejemplo, los internamientos administrativos aplicados por los filisteos del Comité Militar para la Rehabilitación y el Progreso Nacional (CMRPN), bajo el docto mando del inventor-historiador-inquisidor reaccionario Joseph Ki-Zerbo¹². [...]

En una sociedad como la nuestra, donde la población es analfabeta en un 95% y ha sido mantenida en el oscurantismo y la ignorancia por las clases dominantes, el derecho burgués, en detrimento de todo sentido común, osa afirmar que “No conocer la ley no te exime de su peso”. Y es gracias a tales artificios como las clases acaudaladas y ociosas oprimen a las vastas masas populares: campesinos de nuestros campos y obreros de nuestras ciudades.

Lo mismo ocurre cuando, en nombre de ese derecho, se afirma que “Nadie está por encima de la ley”. La ley se ha dictado para defender y salvaguardar los intereses de las clases dominantes, es decir, el argumento de la superioridad de la ley se desvanece cada vez que los intereses de la minoría se ven amenazados. “Nadie está por encima de la ley” es una expresión consagrada por los expropiadores para rechazar toda idea de justicia popular.

Así, todo está permitido excepto no tener dinero para pagarse un abogado y unos magistrados que solo se encargan de interpretar, en una esotérica y enrevesada lengua, textos voluntariamente confusos.

A fin de cuentas, en efecto, nadie está por encima de la ley, lo que quiere decir que la ley de los más ricos, los textos de los mejores

12 Joseph Ki-Zerbo fue profesor de Historia en la Sorbona y en la Universidad de Uagadugú. Fundó el Partido para la Democracia y el Progreso en 1992, a su retorno de un largo exilio. Fue el mayor opositor de Sankara. (N. de la T.).

postores, los talentos oratorios vendidos al mejor postor, vencen siempre al “buen derecho” popular de aquellos que siempre son culpables por ser pobres, incapaces de comprar los servicios de abogados famosos, o se muestran simplemente ignorantes o analfabetos.

Todos los días, ante nuestros ojos, vemos a ladrones que, perseguidos por la muchedumbre, buscan refugio en la comisaría de policía, convencidos de que “nadie está por encima de la ley” y de que su protección está asegurada. Por el contrario, el campesino de paso por Ugadugú, perseguido por la más ínfima falta, deberá evitar tanto a sus perseguidores como a la policía, porque, para él, en ninguna parte del universo de la gran ciudad hay esperanza de encontrar justicia que lo defienda. El campesino cree que la comisaría es un lugar donde, efectivamente, se le sancionará en nombre de la ley. Y cree, en toda su ingenuidad, en la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, una ley implacable e invencible. [...]

Camaradas, mientras haya opresión y explotación, habrá siempre dos justicias y dos democracias: la de los opresores y la de los oprimidos, la de los explotadores y la de los explotados. La justicia bajo la Revolución Democrática y Popular será siempre la de los oprimidos y la de los explotados, contra la justicia neocolonial de ayer que no es otra que la de los opresores y de los explotadores. ¡Camaradas!, el pueblo debe ejercer por él mismo la justicia, su justicia.

Los lloriqueos y las lágrimas de cocodrilo no deben nunca influirnos cuando se trate de asestar golpes contundentes a los mismos que ya demostraron su incapacidad a la hora de mostrar otro sentimiento que no fuera el menosprecio más feudal por el pueblo y sus intereses. Por el contrario, si hubiese alguien capaz de convercerlos de su gratitud hacia el pueblo y que, aun castigándole severamente, ofreciera la posibilidad de enmendar sus errores, a ese alguien tiéndanle una mano caritativa.

Hagan que nos conozcan. Después de obligarles a pagar hasta el último céntimo de lo que el pueblo les reclama legítimamente, les

crearemos las condiciones para que comprendan que, despojados de sus inmensas riquezas mal ganadas, podrán encontrar la verdadera felicidad. Esa felicidad no será otra cosa en nuestra sociedad revolucionaria que el trabajo honesto que procura una ganancia honesta. Esa ganancia honesta procura una dignidad y una libertad que no se calculan ni en términos de cuentas bancarias apátridas en Suiza o en cualquier otro lugar, ni en valores especulativos bursátiles por encima de toda sospecha, ni en la ostentación de un lujo agresivo y traumático frente a un pueblo que se muere de hambre, de enfermedades y de ignorancia. Esa felicidad a la que incitamos a los eventuales arrepentidos será la satisfacción de haber probado su utilidad social y de gozar del derecho a participar en la definición y en la realización efectiva de las aspiraciones del pueblo que los acepta y que los integra.

Camaradas, los Tribunales Populares de la Revolución ponen punto final al viejo Derecho Romano: es el canto del cisne del derecho social extranjero, napoleónico, que ha producido en nuestro país tantos y tantos desclasados y que había consagrado los privilegios ilegítimos e inicuos de una clase minoritaria. Ojalá las próximas cumbres de Uagadugú tracen la vía luminosa al final de la cual, en el firmamento de la revolución universal, brillará un enorme sol de justicia que apuntará con sus poderosos rayos a los corazones de todos los que esperan pero no se atreven, de todos los que se atreven pero no comprenden, de todos los que comprenden pero no se atreven.

¡Patria o muerte, venceremos!

SALVAR LOS ÁRBOLES Y EL MEDIO AMBIENTE

Discurso pronunciado el 5 de febrero de 1986 en París
durante la conferencia SYLVA sobre los árboles y los
bosques.

[...] Excelencias, señoras y señores:

Me presento ante ustedes con la esperanza de que se unan a una lucha de la que no podemos ausentarnos quienes somos diariamente agredidos y quienes esperamos que el milagro de la naturaleza floreciente surja de la valentía de decir lo que se tiene que decir. He venido a lamentar las inclemencias de la naturaleza. He venido a denunciar a todo aquel ser humano que con su egoísmo causa infelicidad a su prójimo. El saqueo colonial ha diezariado nuestros bosques sin la más mínima intención de regenerarlos en el futuro.

La alteración impune de la biosfera por parte de salvajes y asesinos continúa tanto en la tierra como en el aire. Y nunca se insistirá bastante en los estragos que producen esos artefactos que expulsan gases. A quienes tienen medios tecnológicos para señalar culpabilidades no les interesa la biosfera, y quienes tienen interés en ella no tienen los medios tecnológicos. Solo poseen su intuición y su íntima convicción.

No estamos en contra del progreso, pero queremos que el progreso no sea anárquico y criminalmente negligente con los derechos de los demás. Por tanto, queremos afirmar que la lucha contra la desertización es la lucha por el equilibrio entre el hombre, la naturaleza y la sociedad. Por esta razón, se trata, ante todo, de una lucha política y no de una fatalidad.

La creación del Ministerio del Agua, que complementa al Ministerio de Medio Ambiente y Turismo en nuestro país, indica nuestra voluntad de plantear los problemas con el objetivo de ser capaces de resolverlos. Tenemos que luchar por encontrar los medios financieros que permitan explotar los recursos hidráulicos de los pozos, presas y pantanos que existen. Este es el lugar apropiado para denunciar los acuerdos leoninos y las condiciones draconianas de los bancos y los organismos de financiación que dirigen nuestros proyectos en esta área. Son sus condiciones prohibitivas las que provocan el endeudamiento traumático de nuestro país, impidiendo todo margen de maniobra real.

Ni las falacias del malthusianismo —y afirmo que África es un continente poco poblado—, ni las colonias de vacaciones pomposas y demagógicas bautizadas como “operaciones de reforestación” son la respuesta. Nosotros y nuestra miseria somos reprimidos como apestados o sarnosos cuyos lloriqueos y clamores perturban la quietud serena de los fabricantes y negociantes de la miseria.

Por ello, Burkina Faso ha propuesto y propone siempre que al menos un 1% de las sumas colosales que se emplean en la búsqueda de otros astros donde cohabitar sirvan para financiar de manera compensatoria proyectos para salvar los árboles y la vida. No descartamos que un diálogo con los marcianos pueda abocarnos a la reconquista del Edén. Pero, mientras tanto, los terrícolas también tenemos derecho a rechazar una opción que se limita a la simple alternativa entre el infierno y el purgatorio.

Formulada de esta manera, nuestra lucha por los árboles y los bosques es ante todo una lucha popular y democrática. Porque la pasión estéril y onerosa de algunos ingenieros y expertos en silvicultura no resolverá nunca nada. Tampoco las conciencias conmovidas, incluso sinceras y loables, de múltiples foros e instituciones podrán reverdecer el Sahel, cuando nos falta dinero para perforar pozos de agua potable de 100 metros pero vemos que abunda el dinero para

perforar pozos de petróleo de 3.000 metros. Como dijo Karl Marx, no se piensa en las mismas cosas ni de la misma manera si se vive en una choza que si se vive en un palacio. Esta lucha por los árboles y los bosques es sobre todo una lucha antiimperialista; porque el imperialismo es el pirómano de nuestros bosques y nuestras sabanas.

Señores presidentes, señores primeros ministros, señoras y señores, para que el verde de la abundancia, de la alegría y de la felicidad conquiste su derecho, nosotros nos apoyamos en los principios revolucionarios de la lucha. Creemos en la virtud de la revolución para frenar la muerte de nuestra Burkina y para abrirle un futuro feliz.

La problemática de los árboles y los bosques no es otra que la del equilibrio y la armonía entre el individuo, la sociedad y la naturaleza. Esta lucha es posible. No retrocedamos ante la inmensidad de esta tarea, no nos alejemos del sufrimiento de los demás porque la desertización ya no tiene fronteras.

Podemos ganar esta lucha si escogemos ser arquitectos y no simplemente abejas. Será la victoria de la conciencia sobre el instinto. La abeja y el arquitecto, por supuesto. El autor me permitirá prolongar esta comparación dual en una que contenga tres partes: la abeja, el arquitecto y el arquitecto revolucionario.

¡Patria o muerte, venceremos! Gracias.

EL EJÉRCITO AL SERVICIO DEL PUEBLO

Entrevista en el semanario *Révolution*, número 196,
2 de febrero de 1983.

[...] El ejército es una necesidad, una herramienta, un instrumento contra todo tipo de enemigos que también pueden emplear ese tipo de métodos. Es preciso oponerles profesionales que sepan luchar y combatir. Pero, por un lado, el ejército no debe ser un fardo para el pueblo, en cuanto a presupuesto, sostén y mantenimiento. Por otro, el ejército no debe ser un foco de problemas y de inquietud para las masas. Todo lo contrario, debe tranquilizarlas. De hecho, el ejército, por todas las ventajas con las que cuenta, debe estar en la vanguardia del combate revolucionario, si bien es cierto que para nosotros el ejército burkinés es en la actualidad un ejército llamado a transformarse, un ejército que debe eliminar su faceta neocolonial para convertirse en verdaderamente revolucionario, al lado de las masas populares. Es decir, que, ahora, los militares no deben considerarse mercenarios, asalariados encargados de ejecutar trabajos de baja calidad, extranjeros en el seno del pueblo, sino, por el contrario, sentirse como un elemento del pueblo, a quien le ha sido confiada una singular misión. Ello incluye la defensa del territorio, la defensa de los intereses del pueblo, su protección y seguridad. También incluye la participación en la formación militar del pueblo y en la resolución de los problemas concretos de este, así como en la lucha por el poder económico. Veremos a los militares en los campos, gestionar las granjas agrícolas, ocuparse del ganado.

Nuestra doctrina dice que la defensa del pueblo debe ser confiada únicamente al pueblo. Este no puede delegar su defensa en nadie más, en ningún grupo, sea cual fuere su competencia técnica. El pueblo se defiende a sí mismo... Pero todo esto solo se puede realizar si se tiene confianza en el pueblo, y sobre todo cuando se tiene esa confianza.

¿Cuántos pueden atreverse a arengar al pueblo en esta dirección? No muchos. Los que son enemigos del pueblo prefieren respaldarse en un ejército y, por lo tanto, en un grupo de hombres de la sociedad que consolide su régimen, su poder. Nuestros enemigos niegan las armas al pueblo y le obligan a ser dócil. No es nuestro caso. No tenemos miedo de formarlos militarmente, porque el pueblo tiene confianza en nosotros y nosotros tenemos confianza en él. El pueblo sabe que combatimos a los mismos enemigos que él, que estamos con él, que somos él.

[...] Estamos en contra de la formación elitista de todo aquel militar que tiene la idea de que su estatus social lo ubica por encima del pueblo. Estamos igualmente en contra de las actitudes pequeño burguesas de todo aquel ejército que cree que el militar debe estar mejor considerado, debe ser mejor tratado que los demás y que no tiene los mismos deberes que el pueblo. Estamos en contra de eso.

NECESITAMOS UN PUEBLO DE CONVENCIDOS Y NO DE VENCIDOS

Discurso pronunciado en Bobo-Dioulasso el 2 de octubre de 1987 con motivo del cuarto aniversario del Discurso de Orientación Política¹³.

[...] nuestra revolución no es un concurso de retórica. Nuestra revolución no es un enfrentamiento de frases. Nuestra revolución no es simplemente la adopción de etiquetas que equivalen a los signos que los manipuladores intentan utilizar como llaves, como salvoconductos, como cupones. Nuestra revolución es y debe ser permanentemente la acción colectiva de los revolucionarios para transformar la realidad y mejorar la situación concreta de las masas de nuestro país. Nuestra revolución solo tendrá valor si, al mirar detrás de nosotros, a ambos lados y delante de nosotros, podemos decir que los burkineses son, gracias a la revolución, un poco más felices, porque tienen agua potable para beber, una alimentación abundante, suficiente, porque tienen una salud de hierro, una educación, viviendas decentes, porque van mejor vestidos, porque tienen derecho a disfrutar del tiempo libre; porque tienen la oportunidad de gozar de más libertad, más democracia, más dignidad. Nuestra revolución no tendrá razón de ser hasta que pueda responder de manera concreta a estas cuestiones.

13 El Discurso de Orientación Política (DOP), como indica su nombre, es el referente teórico de la revolución. Fue redactado en septiembre de 1983 y pronunciado en la radio el 2 de octubre de 1983. (N. de la T.)

Mientras la revolución no sea capaz de aportar bienestar material y moral a nuestro pueblo, será tan solo la actividad de un grupo, de un cierto número de personas con más o menos mérito, pero que representan exclusivamente a momias, que a su vez representan a un conjunto estático de valores decadentes, incapaces de mover y de hacer mover la realidad, incapaces de transformar la realidad. La revolución es felicidad. Sin esa felicidad no podemos hablar de éxito. Nuestra revolución debe responder de manera concreta a todas estas cuestiones. [...]

Nuestra unidad se construirá a favor de nuestro pueblo. Nuestra unidad no se construirá como un partido de fútbol donde juegan dos equipos tal vez brillantes, muy experimentados seguramente, pero que ofrecen un espectáculo, de 90 minutos justos, con eventuales prórrogas, y que quizá acabe en penaltis. No, nuestra unidad se construirá luchando con el pueblo y bajo la apreciación del pueblo. Es decir, que nos reuniremos como revolucionarios y solo los revolucionarios vendrán a esta unidad. [...]

Nuestra revolución es una revolución que no se puede demarcar de las leyes científicas que ya existen y que rigen todas las revoluciones. Cuando dejemos de aplicar estas leyes científicas, nos perderemos. Sin teoría revolucionaria no hay revolución. Es preciso que un día nuestra revolución, por muy lejos que haya avanzado, se una a otras revoluciones mediante la aplicación de la teoría revolucionaria, profundizando en nuestro discurso de orientación política.

Hemos sufrido dificultades, no hay que negarlo. Dificultades que han contribuido a enfrentamientos aquí y allá. Enfrentamientos entre elementos buenos, valiosos y comprometidos con el proceso revolucionario. Todos ellos son elementos en los que debemos confiar. Cada vez que nos empeñamos en que solo un núcleo, un grupo, es válido y que todo lo demás no son más

que lamentos y fracasos, nos aislamos. Es decir, comprometemos nuestra revolución.

El objetivo de la revolución no es dispersar a los revolucionarios. El objetivo de la revolución es consolidar nuestras filas. Somos ocho millones de burkineses y debemos tener ocho millones de revolucionarios. Ningún revolucionario tiene derecho a dormir mientras el último de los reaccionarios en Burkina Faso no esté en condiciones de explicar el Discurso de Orientación Política. No son los reaccionarios los que deben hacer el esfuerzo por entender. Son los revolucionarios los que deben hacer el esfuerzo por hacerles entender. El reaccionario ha escogido su posición de reaccionario. El revolucionario ha escogido su posición de revolucionario, es decir, de movimiento hacia los demás a fin de ganarles para su causa. Si no consigue convencer a los reaccionarios para que se unan a la revolución, la reacción se extenderá por el mundo.

Por consiguiente, el deber de todo revolucionario es evitar que la revolución se repliegue en sí misma; que la revolución comience a anquilosarse; que la revolución comience a encogerse, a empequeñecer. Porque, así, de 1.000 acabaremos siendo 500 y de 500 terminaremos siendo solo dos. Ahora bien, nuestra Revolución Democrática y Popular es una revolución que se desmarca de toda reagrupación de sectas o grupos sectarios. Es necesario que constatemos cómo, desde el movimiento pionero a la UNAB [las siglas francesas para la Unión Nacional de Veteranos de Burkina], cada día contamos con más militantes.

Por supuesto, no todos estarán al mismo nivel. Eso sería utópico, sería un sueño pensar que todo el mundo está al mismo nivel de compromiso y de comprensión. Pero corresponde a los revolucionarios no desmoralizarse, no rendirse, aceptar el esfuerzo físico, moral e intelectual que requiere ir hacia los demás. Lo que exige a menudo que nos violentemos a nosotros mismos: explicar y seguir explicando. Lenin dijo algo que olvidamos con

frecuencia: “en el principio de toda revolución está la pedagogía”. No lo olvidemos nunca. El arte de enseñar es la repetición. Hace falta repetir y seguir repitiendo. [...]

DESARROLLO *PRÊT-À-PORTER*, ¡NO!; DESARROLLO A MEDIDA, ¡SÍ!

Discurso pronunciado el 4 de agosto de 1986
con motivo del segundo aniversario de la revolución.

[...] Cuando una sociedad ha tomado conciencia de que el orden cultural reaccionario exige una revolución, esta sociedad no puede y no debe tolerar más los vestigios que imponen una operación quirúrgica en profundidad. Tal sociedad se debe convencer de que su misión es luchar contra la dominación extranjera a nivel cultural, social, económico y político.

En el plano cultural, dentro del marco de nuestra lucha y nuestra práctica antiimperialista, debemos extirpar de nuestras mentes los esquemas mentales de quienes, aunque afirmen ocuparse de nuestro pueblo, por desgracia se dejan llevar por corrientes extranjeras hacia espacios culturales totalmente diferentes de nuestra realidad, o hacia centros culturales burgueses capitalistas portadores de la plaga de la dominación imperialista. Nuestro antiimperialismo particular y consecuente será ante todo un aseo mental que nos desembarace de reflejos neocolonialistas preocupados por ajustarse a las normas culturales que la dominación extranjera nos ha impuesto.

¿Subdesarrollados? Lo somos. Aunque solo en nuestro espíritu. Pero, camaradas, ¿con respecto a quién, con respecto a qué somos subdesarrollados?

No debemos dejar que nos impongan un ritmo de marcha, un modelo de sociedad que los censores imperialistas han creado para amaestrar a nuestro pueblo.

No permitamos nunca más que el imperialismo continúe abusando de nosotros. No les permitamos que fabriquen en nuestro país hombres y mujeres que, abdicando de toda responsabilidad histórica, admiten y alientan la idea de que solo triunfamos en la sociedad cuando podemos demostrar que somos lo más parecido a la aristocracia extranjera. La cultura que nuestra pequeña burguesía impone criminalmente a nuestro pueblo es la cultura occidental. La adopción de esta cultura occidental, si bien tiene sus ventajas, solo puede enriquecernos si la vivimos libremente y, por lo tanto, de manera selectiva. Tenemos pues que protegernos contra el dominio cultural.

Comaradas, en la nueva etapa que se abre ante nosotros, el lema de orden cultural antiimperialista será “blindarse contra las agresiones culturales”.

Sepamos, pues, sacar provecho de los beneficios y de las ventajas de otras culturas, lo que nos ahorrará tener que inventar la rueda a expensas de esfuerzos gigantescos. Y que nunca más nadie se sienta acomplejado por no haber podido hacer como el burgués de París o el *gentleman* de Londres, por no decir como la juventud bulliciosa del *American way of life*.

En el plano social, el objetivo fundamental de toda revolución social es cambiar las condiciones de vida y de trabajo de las masas populares. La revolución no sabrá cambiar dichas condiciones sin atacar los males de la sociedad. En ese contexto hace falta situar la acción social que ha emprendido el Consejo Nacional de la Revolución. Esos males que representan la delincuencia juvenil, la mendicidad, la prostitución y que son los productos de un sistema de organización social contra el que luchamos. No nos contentaremos con denunciarlos sin aplicarles la terapia necesaria.

Ciertamente, otros antes que nosotros han hablado de ello. Pero la diferencia entre ellos y nosotros es que nosotros, revolucionarios, pasaremos a la acción. Por ello, el Consejo Nacional de la

Revolución ha puesto en marcha una potente acción a la que todo burkinés —todos los que viven bajo nuestro techo— está invitado y en la que todos debemos participar, aunque solo sea cambiando nuestra mentalidad de manera que acepte a los marginados, como son los delincuentes, mendigos y prostitutas. Ellos no han escogido su suerte. Son víctimas de un sistema, producto de una organización social egoísta e injusta. Por el contrario, la revolución, en lugar de individualismo y egoísmo, desarrolla solidaridad efectiva, fraternidad de clase entre todos los miembros de la sociedad. No es normal que algunos tengan una existencia garantizada y busquen incluso aderezarla y que otra fracción del pueblo, ya durante mucho tiempo marginada, busque todavía su derecho a la existencia.

En el plano económico, la dominación extranjera, que tanto denunciarnos, no tiene otro fin que la ocupación económica de nuestro país. Hacer de nuestro país un mercado organizado y controlado por el interés exclusivo de capitalistas que han agotado ya todas las vías para la obtención de nuevos beneficios. He aquí la esencia misma del imperialismo en nuestro país.

Lo cierto es que no podemos replegarnos sobre nosotros mismos imponiéndonos una autarquía suicida. Algunos bienes que nos son necesarios en esta etapa de nuestra revolución solamente podemos conseguirlos mediante la importación. Los intercambios comerciales y financieros nos resultan inevitables. Pero entre esta necesidad de acuerdos económicos con el extranjero, limitada a lo estricto y necesario, y el militarismo económico de nuestro pueblo, hay un paso que tenemos que dejar de franquear cada día como lo hemos estado haciendo hasta ahora tan alegremente. Dejemos de entregar a nuestro pueblo, atado de pies y manos, a los mercaderes de la falsa felicidad, de la falsa cooperación, a todos aquellos que nos inundan regularmente de productos de su sociedad de consumo y nos atiborran de aparatos superfluos, incluso peligrosos, de su sistema capitalista.

¿Continuaremos dando la espalda a nuestras inmensas posibilidades agrícolas, mineras, industriales para respetar solo lo que viene de fuera?

En las provincias de Kéné Dougou, Bam, Poni, Comoé, Boulgou y Kossi, a los campesinos valientes se les obliga a dejar que se marchiten ricas y abundantes producciones excedentarias de frutas, legumbres y cereales.

En cada estación, los cultivos que se anuncian como buenos son, por el contrario, para ellos la pesadilla del esfuerzo no retribuido, de la mercancía no vendida y de la autodestrucción del resultado de una labor realmente agotadora.

Nuestras praderas de las provincias de Oudalan, Séno, Sanmatengâ, Gnagna, Yatenga, rebosan de enormes posibilidades en ganado de todo tipo, pero preferimos comprar en la charcutería de los supermercados un filete bien empaquetado y etiquetado, aunque sin duda no tan rico en calorías como las que necesita nuestro organismo. Nosotros mismos les abocamos a practicar una cría de ganado arcaica y contemplativa.

Por todo nuestro territorio, nuestros valientes artesanos maravillan al visitante con la variedad y calidad de sus productos hechos a mano, expresión auténtica y verdadera de nuestra cultura. Pero tampoco ellos pueden escapar de esa pesadilla del abandono y del boicot. Es inadmisibles que otros nos vengan a descubrir tesoros de nuestra artesanía y que nosotros mismos les ofrezcamos el ridículo espectáculo de negros evolucionados que se desviven por las baratijas de la industria de los mercados de ultramar.

Qué pueden hacer ellos, los burkineses trabajadores y valientes, tal como desea nuestro Discurso de Orientación Política, si aquellos de entre sus compatriotas que poseen poder adquisitivo, garantizado por sus salarios y los ingresos de actividades terciarias, rechazan saber que las latas de conservas, de frutas, de verduras, de

carne y de pescado importadas están lejos de tener el valor de los productos locales.

Qué pueden hacer nuestros trabajadores si los ricachos burkineses organizan, alientan y promueven la importación de productos competitivos y desprecian los inconvenientes de que comerciemos con productos importados.

De hecho, incluso si no lo formula con el mismo rigor del academicismo burgués, el trabajador productor burkinés se siente más o menos perjudicado por el daño que la minoría de privilegiados le causa cada vez que le impone la competencia desleal de los productos importados. Dichas importaciones, al reducir el desempleo de otros, contribuyen a resolver sus crisis sociales, a enriquecer a sus capitalistas, a reafirmar objetivamente a poderes que ni siquiera se dignan a ofrecernos su reconocimiento. Por el contrario, luego de habernos robado, nos aplastan cruelmente sin tener ni miedo de matar a la gallina de los huevos de oro que es nuestro mercado. Quien organiza el boicot de la economía de Burkina Faso es la pequeña burguesía de Burkina Faso.

Camaradas, he aquí un terreno sobre el cual durante los próximos años nuestro antiimperialismo será sometido a la prueba de la verdad: facilitar las importaciones o ayudar a producir aquí lo que nuestras condiciones permitan producir. Los capitales financieros fáciles, pero sumamente comprometedores, estarán ahí para tentarnos. Mientras nos suscitan bulimia de capitales, préstamos, créditos, nuestros supuestos “generosos amigos que quieren nuestro bien” nunca nos anunciarán la angustia que vamos a experimentar el día de mañana a la hora de resolver la cuestión de la devolución de los préstamos. Tengo, como prueba de ello, la abundante prosa llorona lírico-cómico-dramática que se desarrolla en torno a la deuda de África.

Camaradas, nuestro antiimperialismo se verá entre la espada y la pared. Nuestros reflejos de consumidores deberán revisarse en

relación con nuestros gustos, nuestros colores, nuestras costumbres. Será un gesto sumamente patriótico y revolucionario consumir solo burkinés; será una lucidez patriótica y revolucionaria, un antiimperialismo verdadero, seleccionar los créditos que realmente necesitemos sobre la base de la construcción de una economía independiente, realmente desprendida de la dominación extranjera. Se tratará, camaradas, de entrever nuestro desarrollo no según los modelos impuestos desde el exterior, no según los sueños pequeñoburgueses que pretenden reproducir aquí la estampa de la otra orilla del Sena o de estaciones de invierno. Se tratará más bien de construir una nueva Burkina, pero a la medida de nuestras posibilidades, de los límites que nos podemos fijar sin pesimismo, pero sin optimismo de lunáticos.

Camaradas, a partir de este momento, de modo consciente, proclamaremos: “Desarrollo prêt à porter, ¡no! Desarrollo a medida, ¡sí!”.

En el plano político, liquidar la dominación extranjera es educarnos a diario en los modos de penetración y de conquista, de instalación y de explotación del imperialismo en nuestro país. La sutileza, el ardid, el engaño y el cinismo del imperialismo no deben continuar ganándonos la partida, a nosotros, a nuestra buena fe, a nuestra honestidad, a nuestra ingenuidad y a nuestra debilidad organizativa. Liquidar la dominación extranjera es organizar y concienciar a las masas populares para que estas desenmascaren ya al imperialismo, sea cual fuere su coartada. Es armar políticamente a las masas populares para que resistan, con espíritu de fortaleza y sin derrotismo, los ataques y las agresiones del imperialismo. Es necesario que las masas populares concienciadas afiancen el poder, porque el imperialismo teme a las masas populares tanto como el fuego a la lluvia torrencial. Por ello, nuestras estructuras deben reforzarse para que cada una ejerza su rol. Necesitamos más niños concienciados en el seno de organizaciones socialistas infantiles y juveniles, porque los niños son el futuro, porque los niños son todo

un programa, cuando ríen, cuando se divierten, cuando corren o cantan, los niños nos imponen un programa para el mañana. Nos imponen saber cómo mantenerlos contentos y alegres hoy y, sobre todo, cómo hacer para que mañana conserven su alegría, su risa y su felicidad. El niño es un programa revolucionario.

Es necesario movilizar a más mujeres en el seno de la Unión de Mujeres de Burkina, más militantes para que perfeccionen los Comités de Defensa de la Revolución y más ancianos para que se involucren en el seno de la Unión Nacional de Veteranos de Burkina.

PREFERIMOS UN PASO CON EL PUEBLO A DIEZ PASOS SIN EL PUEBLO

Discurso pronunciado el 4 de agosto de 1987 en Uagadugú
con motivo del cuarto aniversario de la revolución.

[...] La profundización de nuestra revolución y los éxitos futuros de nuestra acción política dependerán de la justicia con la que hayamos resuelto en nuestro país las cuestiones organizativas y de orientación política. La revolución no continuaría ni alcanzaría sus objetivos sin una organización de vanguardia dispuesta a guiar a nuestro pueblo en todos los combates, en todos los frentes. La construcción de una organización tal deberá requerir desde ahora un enorme compromiso de nuestra parte.

Sobre la base de las acciones ya emprendidas para encontrar soluciones a los asuntos organizativos, se tratará, en el caso de los revolucionarios de nuestro país, de conjugar sus esfuerzos para vencer los defectos e insuficiencias que acarreamos. La unidad de los revolucionarios es seguramente una etapa por la que tenemos que pasar para ir más lejos en la ejecución de la tarea organizativa de vanguardia. Me regocijo al constatar que en este cuarto aniversario de nuestra revolución se han sentado las bases encaminadas a la realización de una unidad real, de una unidad militante del conjunto de fuerzas revolucionarias de nuestro país.

Pero cuidémonos de hacer de la unidad una univocidad castrante, paralizante y esterilizadora. Por el contrario, prefiramos la expresión plural, diversificada y enriquecedora de distintos pensamientos, de acciones diversas; pensamientos y acciones ricos en miles de matices, todos abiertos valiente y sinceramente a la aceptación de la diferencia,

el respeto por la crítica y la autocrítica, hacia el mismo, el único objetivo radiante que no será otro que el bienestar de nuestro pueblo.

Camaradas, las tareas ideológicas, políticas y organizativas en las que debemos enfrascarnos son de gran importancia para reforzar nuestra revolución, para apoyar la adhesión masiva y consciente de las masas a la política revolucionaria que continuaremos llevando a cabo. Hará falta un trabajo político e ideológico perseverante y seguido con rigor para convencer a las masas y alejarlas de todo tipo de concepciones medievales que frenen su compromiso total con la obra de edificación de la nueva sociedad.

Si la revolución es represión para los explotadores y los enemigos, esta no puede ser para las masas más que persuasión de cara a un compromiso consciente y decidido.

Estas tareas ideológicas y políticas de nuestra revolución son el deber de todo revolucionario y de la dirección política en primer lugar. La dirección política de nuestra revolución deberá reforzarse y ganar en capacidad y en rigor en lo relativo a la ejecución de su misión. El año V nos invita a poner todas las energías en el combate organizativo, en la consolidación política e ideológica y en la supremacía de la dirección política.

Sin embargo, con respecto a la organización política estructural, lo que hasta ahora se ha dicho no implica que, a causa de las prisas, nos lancemos a elaboraciones teóricas, arquitecturas seductoras para el alma pero sin interés para la vida cotidiana de las masas.

Aprovechemos la experiencia de otras revoluciones que la historia de los pueblos nos ha ofrecido como enseñanza. En particular, tengamos en cuenta la experiencia de quienes, como nosotros, y no son pocos, han debido dotarse de organizaciones diversas y unidas o de organizaciones únicas diversas, organizando y defendiendo el poder del Estado áspera y dignamente conquistado.

Evitemos, pues, las elaboraciones etéreas que dan vida a organigramas teóricos sin funcionalidad, sin interés para las masas,

simplemente destinados a la contemplación de algunos soñadores y puntillosos que solo buscan su placer.

Por el contrario, nuestra revolución es, antes que nada, una revolución cualitativa, una transformación cualitativa de las mentes que se traduce en la construcción concreta de la nueva sociedad burkinesa. La calidad de vida está cambiando en Burkina y es a causa de la evolución cualitativa de las mentes.

El mito del enriquecimiento sin fe ni ley, según las experiencias de la jungla capitalista de los años de la posguerra, se ha desvanecido definitivamente en Burkina. Nuestra patria es una cantera donde el criterio de moralidad, la preocupación por la justicia social, el respeto por el derecho fundamental a una vida, a una existencia siempre mejor, no son palabras vanas, sino que se materializan en la práctica social de cada uno de nosotros.

La especificidad de nuestra revolución, su ejemplaridad y su éxito dependen de esos valores cardinales que hemos sabido defender ferozmente hasta ahora. Es necesario que continuemos siendo revolucionarios, es decir, sobre todo hombres de carne y hueso, hombres de sentimientos y hombres de emociones puras.

Es verdad: en el pasado reciente, a veces hemos cometido errores. Esto no se puede volver a repetir en la tierra sagrada de Burkina Faso. Debe haber un lugar en el corazón de cada uno de nosotros para aquellos que no están en total armonía con el Discurso de Orientación Política y los objetivos de nuestro plan quinquenal. Es nuestra misión llegar hasta ellos y ganarlos para la causa revolucionaria del pueblo.

La revolución no busca atajos. La revolución impone a todos caminar juntos en la misma dirección de pensamiento y de acción.

Por ello, la revolución debe ser una pedagoga perpetua y un cuestionamiento perpetuo. Si las masas aún no lo entienden, es nuestra culpa. Debemos tomarnos el tiempo de explicar y el tiempo de convencer a las masas para actuar con ellas y en su propio interés.

Si las masas comprenden mal, sigue siendo nuestra culpa. Y hará falta rectificar, matizar, hará falta adaptarse a las masas y no querer adaptar a las masas a nuestros propios deseos, a nuestros propios sueños. Los revolucionarios no tienen miedo de sus faltas. Tienen la valentía política de reconocerlas públicamente, porque es un compromiso con el deseo de corregirse, de actuar cada vez mejor. Deberíamos preferir un paso con el pueblo a diez pasos sin el pueblo.

Aún queda mucho trabajo político que hacer para ampliar los efectivos de los militantes y de las militantes. Aún quedan miles de camaradas que movilizar, reorganizar y concienciar para la acción revolucionaria. Esta acción será además un trabajo de consolidación y de profundización de los logros incontestables de nuestra revolución.

Después de cuatro años, el esfuerzo de reflexión crítica sobre lo que se ha realizado debe intensificarse y tenemos que rechazar los balances superficiales, triunfalistas y a la larga peligrosos. Perseverancia, tolerancia, crítica de los otros, crítica de nosotros mismos, he aquí el difícil combate, el combate revolucionario.

Como revolucionarios, hemos escogido la difícil vía que implica superarnos, sobrepasarnos a nosotros mismos individual y colectivamente. Hay otras vías más fáciles, más expeditivas, pero que no producen otra cosa que ilusión y dejan un porvenir amargo. Todo ello lo llevaremos a cabo gracias a nuestras estructuras revolucionarias en los servicios, las ciudades, los poblados, es decir, gracias a nuestros Comités de Defensa de la Revolución, gracias a la Unión Nacional de Pioneros, gracias a la Unión Nacional de Veteranos de Burkina, gracias a la Unión Nacional de Campesinos de Burkina. Las estructuras deberán perfeccionarse y completarse. Aquellas cuya construcción exige más aún de nuestros esfuerzos cotidianos recibirán nuestra atención a lo largo del quinto año de nuestra revolución.

Desde 1997, los abogados de la familia Sankara se hallan embarcados en diversos procedimientos judiciales en Burkina Faso para obtener justicia. Muchos de estos procedimientos han sido presentados sucesivas veces ante la justicia burkinesa. Los jueces del Tribunal Superior de Justicia se declararon incompetentes en abril de 2014, a pesar de que solo se trataba de obtener una orden para verificar que el cuerpo de Thomas Sankara se encuentra en el lugar que se considera su tumba.

El Comité Internacional de Justicia para Sankara había recurrido al Comité de Derechos Humanos de la ONU en 2006. Este se mostró favorable a las demandas de la familia, antes de enjuiciar las medidas resarcitorias tomadas por el poder en 2008, que proponían únicamente una indemnización financiera a la que la familia demandante se negó en su búsqueda de justicia y en su deseo de que el certificado de defunción, que señalaba “fallecido por muerte natural”, fuera rectificado.

La red internacional “Justicia para Sankara. Justicia para África” decidió entonces lanzar una petición internacional que solicitaba la apertura de una investigación independiente. Apoyándose en testimonios de compañeros de Charles Taylor, excaudillo de Liberia, quien afirmaba haber participado en su asesinato, y acusando a Francia y a la CIA de estar involucradas en un complot internacional, su acción ha incitado a los diputados del Parlamento francés a reclamar una investigación parlamentaria sobre el asesinato de Thomas Sankara.

14 Dicha campaña ganó el pleito que interpuso y desde la ONU se reconoció que tanto los asesinos de Sankara como otros dirigentes debían ser condenados. (N. de la T.)

Thomas Sankara
Digital
de la Fundación Editorial El perro y la
rana Caracas, Venezuela,
en el mes de julio de 2023





Thomas Sankara (Burkina Faso, 1949-1987)

Nació el 21 de diciembre en el Alto Volta de los (entonces) territorios coloniales del llamado “África Occidental Francesa”, actual Burkina Faso. Sankara, tras rechazar una vida de seminarista católico esperada por su familia y tutores, y de lograr una beca para estudios universitarios, eligió enrolarse en la carrera militar, esforzándose por mantener el contacto con la realidad viva del pueblo. Asumió el mando de su país, al que, en 1983, cambió el nombre por *Burkina - Faso* (“Patria de hombres íntegros”, compuesto plurinacional en lenguas mossi y yulá), con motivo del alzamiento de jóvenes oficiales aliados a organizaciones clandestinas marxistas. Dirigió la revolución democrática y popular, hasta su asesinato en 1987. Puso fin a la corrupción, experimentó un nuevo modelo económico centrado en el autodesarrollo y fijó como objetivo principal mejorar las condiciones de vida. Abortada demasiado pronto, la Revolución alcanzó numerosos éxitos, gracias, entre otras cosas, a su clarividencia y carisma, pero también a la confianza y a la dignidad de su pueblo. Este libro presenta algunos de los discursos y pensamientos políticos más importantes de Sankara en temas como: Deuda Externa, la liberación de la mujer, los tribunales populares de la Revolución, la protección del medio ambiente y el desarrollo autocentrado.

BRUNO JAFFRÉ (1944)

Académico francés, ingeniero investigador en retiro. Ensayista y biógrafo, especialista en la historia política del país africano Burkina Faso. Tras ejercer la docencia en Matemáticas, hizo carrera en el conglomerado corporativo de telecomunicaciones France Télécom (hoy Orange, S. A.) y trabajó en investigación comparativa para la Escuela de Estudios Superiores en Ciencias Sociales de París. Desde 1988 es fundador de la ONG francesa Cooperación, Solidaridad, Desarrollo Postal y Telecomunicaciones. Tras su experiencia de activismo social en África Occidental publica su obra destacada Burkina Faso: *Les années Sankara, de la Révolution à la rectification* (*Burkina Faso: Los años de Sankara, de la Revolución a la rectificación*), en 1989. Así como también libros de historia política africana, biografías y artículos sobre Thomas Sankara, que le darán el título de principal biógrafo y experto del líder revolucionario descolonial y su proceso histórico. Actualmente dirige un blog de noticias sobre Burkina Faso en el portal web *Le Club de Mediapart* del diario francés homónimo, desde 2013.



IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA